MUSEO UNIVERSAL

PERIÓDICO

DE CIENCIAS, ARTES, LITERATURA, INDUSTRIA Y CONOCIMIENTOS ÚTILES.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

EN MADRID.—Un año 25 pesetas; seis meses 13; tres meses 7.—Números sueltos una peseta.—EN PROVINCIAS.—Un año 28 pesetas; seis meses 15; tres meses 8.—PORTUGAL.—Un año 5,640 reis; seis meses 3,200; tres meses 1,800.—EXTRANJERO.—Un año 35 francos; seis meses 18; tres meses 10.

AÑO XIV.—NÚM. 5.º

Febrero 25 de 1870.

Editor y director, D. Abelardo de Cárlos.

ADMINISTRACION CALLE DEL ARENAL, NÚM. 16, MADRID.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

HABANA Y PUERTO RICO.—Un año, ps. fs. 7,50; seis meses 4,50.—Números sueltos, fijan el precio los Agentes.—FILIPINAS Y DEMAS AMERICAS.—Un año ps. fs. 10; seis meses 6.—Números sueltos, fijan el precio los Agentes.

SUMARIO.

TEXTO.—CRÓNICA, por Julio Nombela.—Animales justamente célebres, por J. S.—Don Gonzalo Castañon, por don Cárlos Frontaura.—Concilio ecuménico.—Plaza del Progreso.—Paso de la fragata *Berenguela* por el istmo de Suez, por D. Fernando Fulgosio.—LA FÉ DEL AMOR, novela por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—Los osos blancos.—El Carnaval, por don Cárlos Frontaura.—ALBUM POÉTICO: Lo que la perdiz dice, por don Antonio Trueba.—La luz y la sombra, por don José Selgas.—Bacía del siglo XV.—Problema de ajedrez.—Advertencias.

GRABADOS.—Don Gonzalo Castañon.—El general Lacy-Ewans.—EMBELLECIMIENTOS DE MADRID, vista de la plaza del Progreso.—CONCILIO ECUMÉNICO, la Silla de San Pedro en Roma.—Pio IX y los presidentes de las secciones del Concilio.—Salon de sesiones del Vaticano el dia de la inauguracion.—LA FE DEL AMOR.—Caceria de osos blancos.—El Carnaval en 1870.—Bacía catalana del siglo XV.

CRÓNICA.

Un escándalo literario.—La última razon de siempre.—La compañía de la Porra.—Bailes.—Carnaval.—El gobierno, los partidos y la conciliacion.—Un retrato, una indiscrecion, y un desenlace sentimental.—El socialismo en broma.—Sainete.

Hace tres ó cuatro meses que se puso á la venta un drama anónimo, titulado la *Carmañola*.

Algunos periódicos de los más formales dedicaron articulos criticos á la mencionada produccion; uno de ellos publicó nada menos que tres.

El público español, que está acostumbrado á ver pasar desapercibidas las obras de arte y los trabajos literarios á secas, con ese esquisito olfato que la práctica ha desarrollado en él, se dijo:

—El drama debe ser político y pertenecer á algun personaje.

Aquí, en efecto, si un literato escribiese el *Quijote* ó el *Fausto*, cuando más la vivaracha gacetilla de un periódico, lo recomendaria á sus lectores del mismo modo que una fonda, una modista ó un producto del laboratorio del nunca bien ponderado Mr. Holloway.

DON GONZALO CASTAÑON.

Pero si un político escribiese una novela tan mala como las de Ponson du Terraill, la crítica, con traje de etiqueta, la prensa en masa, consagrarian su atencion al librejo.

En cada escena, en cada frase hallarian los críticos alusiones intencionadas, retratos magistralmente interpretados, qué sé yo: y el público diciéndose:

—Debe ser importante la novela; la compraria, llenaria de dinero al editor, y dejaria en el abandono al Cervantes ó al Goethe modernos.

Iba á esclamar: ¡este es el mundo! pero me parece más propio decir: ¡esto es España!

Sobre poco más ó menos, una cosa parecida ha pasado con la *Carmañola*.

Algun amigo de su autor dijo:

—Es un ataque terrible á la prensa.

La crítica, por consideraciones al apellido del autor, elogió ó censuró con suavidad.

Los periodistas, que apenas tienen tiempo de leer, pensaron que el autor debia por naturaleza atacar á la prensa, y se irritaron, se habló mucho de la obra, una empresa teatral dijo para su presupuesto de ingresos: «este es un negocio;» los periodistas calificaron esta esperanza mercantil de audaz tentativa, llegaron estas impresiones hasta un círculo que segun parece existe en Madrid con la pintoresca denominacion de *Compañía de la Porra*, y caten ustedes un conflicto, ó en otros términos, un escándalo literario.

La noche del estreno de tan murmurada produccion, dicen los que asistieron al teatro que aquello parecia una plaza de toros. Los aplausos alternaban con los silbidos, los es-

pectadores disputaban y se iban á las manos, y para que nada faltase, hubo un chusco que se llevó un cencerro.

Escenas son estas que rechazan el buen gusto y la cultura; pero qué le hemos de remediar; siquiera para que se diga que somos galantes y complacientes, tenemos que justificar la célebre invencion geográfica de Dumas: *el Africa empieza en los Pirineos.*

La verdad despues de todo es, que la tal comedia, imitada de una francesa, es cándida, inocente, inofensiva, insustancial. En ella no se ataca á la prensa, y si se le dan algunos pinchazos, es con un alfiler. No merecia, pues, ni las apasionadas censuras, ni los exagerados aplausos que han saludado su aparicion; no merecia haber distraido á los individuos de la mencionada compañia de sus importantes tareas, y lo que amigos y adversarios han hecho es despertar una viva curiosidad hácia la *Carmañola*.

En efecto, todos los ejemplares de esta obra se han vendido, se agotará la segunda edicion que se prepara, y hasta ha salido á luz, para recojer las migajas del festin, un periódico callejero con el mismo título.

Pero volviendo á la parte dramática de este asunto, debo decir que, segun cuentan, la compañía de la Porra se propuso asistir á la tercera representacion, y juzgarla con su inflexible crítica.

—¿Qué compañía es esa? preguntará el lector.

—Yo no la he visto reunida, ni conozco sus estatutos: he oido decir que el verano pasado se presentó en algunas redacciones y apaleó á varios periodistas; he oido decir que es una de las formas más temibles de la opinion pública contemporánea, que es la última razon, y que sus argumentos son contundentes. Apenas se anunció que iba á ir á ver la *Carmañola*, cerró la empresa las puertas del teatro; apenas se ha dicho que va á asistir á las sesiones de la *Juventud católica*, los sócios se han armado hasta los dientes.

Pero hago crónica, y no crítica.

La muerte implacable ha adelantado este año el miércoles de ceniza en la alta sociedad.

Las más elegantes y bellas damas de Madrid preparaban caprichosos trajes para los bailes que debian celebrarse en los más aristocráticos palacios; reuníanse á menudo y en los gabinetes, en los palcos de la ópera, en los del teatro Español, en el paseo de la Castellana, en donde quiera que se veian, no hablaban más que de sus alegres preparativos.

El Carnaval, en efecto, ofrecia este año una gran animacion.

De pronto cunden noticias dolorosas: la marquesa de Santa Cruz de los Manueles, fallece; don Ramiro Saavedra, pierde en tres dias dos niños; nuevas desgracias llenan de luto á otras familias, y las esperanzas risueñas se convierten en llanto y en pesar.

¡Triste condicion de la vida! Todos los proyectos han quedado en proyectos, los saraos anunciados se han suspendido, las bellas no lucirán sus caprichosos trajes: el elocuente *Memento homo*, ha venido á destruir las más dulces esperanzas.

Pero estos respetables dolores buscarán la soledad, el retiro, y cuando llegue el próximo domingo, Madrid olvidará sus penas, las estudiantinas recorrerán las calles, los jóvenes se vestirán de mujer é irán al Prado á embromar á las bellas, se formarán comparsas burlescas, saldrán caricaturas políticas, los mozos de cordel alquilarán trajes con oropel, las criadas se disfrazarán para dar bromas en el paseo á sus amos, y al dia siguiente de esta loca alegria, llamará á nuestras puertas la Cuaresma, y entraremos en plena época de meditacion.

¿Nos dejarán meditar los partidos políticos? Hé aquí la pregunta que todos nos hacemos.

Nadie contesta, porque todos temen.

Hemos llegado, en efecto, á una situacion que hace inminente, no una larga guerra civil, porque hoy las luchas se terminan pronto, sino una confusion, un caos del que han de resultar por fuerza muchas víctimas.

Seguro estoy de que si los autores de la Revolucion de setiembre hubieran leido en el libro del porvenir y hubieran sabido lo que iba á suceder, ni Ayala fleta el *Buenaventura*, ni Topete hace pedir á la marina una España con honra, ni Serrano abandona su retiro de Canarias, ni Prim se ve obligado á aceptar en el buque que le condujo á Cádiz el modesto papel de doméstico de una familia aristocrática.

¡Qué aprisa se destruyó! ¡Cuántas dificultades para reedificar!

Hay en la situacion política un *quid* que se llama la conciliacion.

Forman la mayoría de la Asamblea tres fracciones que no logran fundirse; viven en el palacio de la representacion nacional, como vivirian en una casa cualquiera, una suegra, un yerno y una cuñada que esperasen una herencia.

El espíritu de conservacion, el interés particular de cada fraccion, sostiene el lazo que las une; pero todas tienen mal humor, y cuando se les acaba la paciencia, se sacan los trapillos á relucir, se dicen unas cuantas picardías parlamentarias, se amenazan, van á reñir, y al fin se calman, porque conocen que la herencia se les va á ir de entre las manos.

Gracias á esto, el país se despierta un dia muy tranquilo, y los periódicos le dicen:

—La conciliacion se rompe.

—¿De veras?

—Muy de veras: el gobierno va á reñir la batalla con los unionistas: va á hacer que se discuta el proyecto de matrimonio civil, y aplaza la cuestion de candidato al trono.

—¡Válgame Dios! ¡Estar pendiente de la veleidad de unos pocos!

Se acuesta el país, sueña horrores, se despierta asustado, oye un aldabonazo en la puerta.

—¡Ya empezó el fuego! esclama.

Pero, el aldabonazo lo dá la prensa, y sus noticias son satisfactorias

—La conciliacion subsiste, dice; los prohombres de la mayoría lo han arreglado todo; ya no se discute el matrimonio civil, y se va á poner fin á la interinidad.

Nueva alegría, el país lo ve todo de color de rosa; pero al dia siguiente, una infraccion del Código fundamental contra un ministro del tribunal de Cuentas, renueva el conflicto.

Como si esto no bastase, los radicales saben que la constitucion de Puerto-Rico puede hacer en la Asamblea el papel de manzana de Páris, sabe que los unionistas desean aplazar su discusion, y dice:

—¡Discútase!

Conflicto número 444 del presente año; pero tranquilícense ustedes; se resolverá favorablemente en un banquete, á los que la actual representacion nacional del país se muestra aficionada.

Entre tanto la Revolucion parece que anda en un carro de violin, iba á decir de violon, y si hoy el ministro de Fomento suprime el grado de bachiller con aplauso de los que no son aficionados á trabas inútiles, y si mañana el ministro de Ultramar suprime en Cuba el derecho diferencial de bandera, y da vigor al comercio de cabotaje, con aplauso tambien, la verdad es que el gobierno y las Córtes parecen dormir un sueño, cuyo despertar puede serles funesto.

Para dejar la tristeza de estas consideraciones, voy á contar un episodio de la vida íntima que pudiera muy bien servir de asunto para una comedia en un acto.

Y sin embargo, no es comedia, es historia contemporánea.

Un jóven de los que forman parte del círculo elegante de Madrid, tiene una pasion loca por la pintura, y es un aficionado que podria muy bien pasar por un artista en toda regla.

Está casado, adora á su mujer, y ha logrado, sin huir de la sociedad, vivir la vida de la familia y ser dichoso.

El verano pasado, en vez de ir á Biarritz, se fué á Lequeitio.

Un dia que se paseaba por la alameda, delante del palacio de Uribarren, vió á una muchacha de quince á diez y seis años, preciosísima.

La belleza de la jóven despertó su entusiasmo artístico, y procurando volver á verla, trazó en su álbum de viaje un retrato acabado de la hermosa vizcaina.

Era del barrio de Aranegui, y la perdió de vista, porque á los pocos dias abandonó á Lequeitio.

Al llegar á Madrid en el mes de octubre, empezó á bosquejar un cuadro.

Su cara mitad le sorprendió un dia diciéndole:

—He despedido al criado.

—Has hecho bien, si lo merecia.

—Era un insolente.

—Yo le reemplazaré con uno muy humilde.

—¿Sabes de alguno?

—Voy á escribir á Lequeitio para que nos envien alguno de aquellos mocetones honrados y serviciales.

Quince dias despues se presentó en la casa el criado pedido á Vizcaya, y su presencia y su carácter agradaron en estremo al artista y á su esposa.

El pintor aficionado trabajaba á hurtadillas en su obra, porque queria sorprender con ella á su amante compañera: así es que prohibió al criado que entrase en su gabinete de estudio.

—Pues yo he de entrar, se dijo éste.

Y en efecto, aprovechando hace poco un descuido, penetró en el gabinete, se quedó con la boca abierta ante los cuadros, las estátuas y preciosidades artísticas que encerraba, y movido por un refinamiento de curiosidad, comenzó á registrar los álbums que habia sobre una mesa.

De pronto lanzó un grito: habia reconocido á una paisana suya, que algunos meses antes le habia ofrecido esperarle y casarse con él cuando volviera á Lequeitio.

—Esto es una picardía, esclamó el criado: me han traido aquí para separarme de ella: el amo y ella se entienden, me han engañado; pero yo me vengaré.

Acto contínuo fué á la sala, tomó de un velador un álbum en el que habia una fotografía de la señora, se apoderó de ella, y procurando que le viera su ama comenzó á imprimir sus toscos lábios sobre la cartulina.

Asustada la jóven esposa, reprendió al doméstico.

—¡Hago lo que hacen conmigo, pues! contestó aquel muy angustiado.

A fuerza de pedirle esplicaciones, descubrió la señora la causa de sus cuitas y pidió á su vez esplicaciones á su marido.

Esta tempestad tuvo un arco-iris encantador.

El jóven mostró á su ofendida mitad un cuadrito que estaba pintando, y que representaba unas bodas en Vizcaya. La jóven hacia el papel de novia, y el criado el de novio: sin saberlo habia adivinado el lazo que unia á los dos paisanos.

—Ven acá idiota, dijo al doméstico... ¿qué ves aquí?

—Es María, y soy yo... contestó abriendo desmesuradamente los ojos... y nos bendice el cura...

—¿Piensas mal ahora de esa pobre muchacha, que ni me conoce siquiera?

El moceton no pudo contener algunas lágrimas de alegría, y en un arranque de sinceridad añadió:

—Señorito, desde hoy no me dé salario, ni me deje comer; he sido tan idiota, que no merezco ni el pan que como.

—Cálmate, sírvenos bien y este verano seremos mi esposa y yo padrinos de tu boda, contestó el pintor.

Para que se vea cuán curados están de espanto los franceses, el *poco efecto que allí producen las convulsiones del socialismo*, y el buen humor de los periódicos de Paris, voy á referir una anécdota que el *Figaro* cuenta á sus lectores.

Un dia de estos, dice, un honrado matrimonio llevó á la alcaldía su vástago, niño de veinte dias, para que fuese inscrito en el registro civil. A los pocos minutos de ser presentado al alcalde, se vió salir á éste despavorido de su despacho pidiendo socorro. Hechas las averiguaciones competentes, se supo que el niño, desprendiéndose de los brazos de su nodriza, gritó enseñando los puños á la autoridad:

—¡Muere, traidor! ¡viva la república! ¡viva Rochefort!

En presencia de este fenómeno, iba á reunirse la Academia de ciencias para examinarlo, cuando se supo que el niño habia tomado con auxilio de biberon, leche de una de las vacas que tiene en su alquería el diputado socialista Gambetta.

—No es estraño que el niño fuera socialista, dijo Mr. Proud'homme; lo habia mamado.

La alegría llega hasta el mismo Rochefort, preso en Santa Pelagia, como saben los lectores.

Está de buen humor, recibe numerosas visitas, y come con un apetito envidiable.

Despues de haber almorzado opíparamente dias pasados, dijo, entre sorbo y sorbo de café, á sus amigos:

—Lo mejor de mi carácter es... mi estómago.

Si no costasen muchas lágrimas, serian muy divertidas las revoluciones, y más aun los revolucionarios.

JULIO NOMBELA.

ANIMALES JUSTAMENTE CÉLEBRES.

I.

«La naturaleza me dió cuerpo de mujer, pero mis acciones me han igualado al hombre más esforzado. He regido el imperio de Nino, que por Oriente linda con el rio Hinaman, por el Sud con el país del incienso y de la mirra, y por el Norte con los Sakas y Sogdianos. Antes de mí, ningun asirio habia visto mares, pero yo he visto cuatro adonde nadie llegaba por estar muy remotos. He obligado á los rios á seguir el curso que queria, y que siempre ha sido por los sitios en que eran más útiles, fertilizando la tierra estéril, y regándola con las aguas; he erigido fortalezas inespugnables; he construido con el hierro caminos al través de peñascos, impracticables; he abierto á mis carros sendas, que ni las mismas fieras habian recorrido, y en medio de estas ocupaciones, he tenido tiempo para mis ocupaciones y para mis amigos.»

Así habla Semiramis de sí misma, en una inscripcion que, segun dicen, encontró Alejandro en los confines de la Escitia, y que Polieno asegura haber conservado.

No es precisamente Semiramis el primer criminal célebre que mis recuerdos históricos me traen en este momento á la memoria; pero no se puede pensar en la grandeza fabulosa de la gran reina asiria, sin fijar la atencion en la celebridad histórica del animal más grande que pisa la tierra despues del diluvio.

Se duda si Semiramis sometió á su dominio todo el Egipto y la mayor parte de la Etiopía; mas se cree que, escitada su codicia por las riquezas de la India, preparó una espedicion formidable contra aquella region del Asia.

Estratobatis, rey de la India, se preparó á recibir á la reina de Babilonia, y opuso al ímpetu de los ejércitos victoriosos de la mujer más sensual que recuerda la historia de aquellos tiempos, la fuerza de los animales más castos que se encuentran en las variadas páginas de la historia natural.

Quiero decir, que los elefantes de Estratobatis destrozaron el ejército de Semiramis, reduciéndolo á la tercera parte.

La mujer de Nino retrocedió fugitiva á las orillas del Eufrates, y no volvió á pensar más en las riquezas de la India.

En nuestros tiempos, Inglaterra, como si fuese la heredera del honor de Babilonia, está vengando, en las orillas del Indo, el desastre de Semiramis.

El primer bruto célebre que nos encontramos en el umbral de la historia profana, es el elefante vencedor de Semiramis.

Cualquiera que sea nuestra vanidad de hombres, no podemos negar que Estratobatis, hombre y rey, debió su triunfo á los elefantes que acometieron sin su órden y vencieron, digámoslo así, sin su permiso.

El honor de esta victoria les pertenece, y si los 300 lacedemonios de las Termópilas supieron morir, los elefantes de Estratobatis supieron vencer; y si Semiramis hablara, nos diria que hubiera preferido encontrarse á los lacedemonios de las Termópilas, más bien que á los elefantes de la India.

Sin que lo diga, podemos asegurarlo; porque en el primer caso habria sido vencedora, y en el segundo caso fué vencida.

Las trompas de la fama han llenado el mundo con la gloria de aquellos héroes: más modestas las trompas de los elefantes han permanecido mudas.

Cuenta Herodoto, que los siete conjurados que dieron muerte á Smerdis, usurpador del trono de Persia, se encontraron sin saber qué hacer de aquel imperio sin rey, y erigiéndose en una especie de Asamblea constituyente, discutieron la forma de gobierno que habia de adoptarse.

Darío, que era uno de los conjurados, sostuvo la conveniencia de la forma monárquica que fué aceptada por los siete.

La primera dificultad estaba vencida, pero quedaba la segunda. Tenian monarquía, pero faltaba el rey. Allí estaba la corona; pero ¿dónde estaba la cabeza?

Antes de resolver esta segunda dificultad, se otorgaron toda clase de honores y de preeminencias, y despues pensáron en el rey.

Habia que elegirlo, y claro es que en el caso de una votacion, cada uno de los siete conjurados se hubiera elegido á sí mismo para rey de Persia.

Entonces idearon una especie de plebiscito, confiando al más noble de los brutos el árduo encargo de elegir monarca.

Convinieron, pues, en que á la mañana siguiente se presentarian los siete delante de la ciudad, y el caballo de aquel que relinchara antes, seria proclamado rey.

No estaba este sufragio exento de la influencia moral necesaria en estos casos, y el escudero de Darío halló medio de poner anticipadamente en la espumante boca del caballo de su amo el relincho vencedor.

El caballo de Darío relinchó antes, y Darío fué rey de los persas.

Hé aquí el segundo animal célebre que nos recuerda la historia.

Los elefantes de Estratobatis usurparon al ejército indio la gloria del triunfo; el caballo de Darío usurpó al pueblo persa el derecho electoral.

Hicieron los elefantes lo que no consiguen hacer todos los ejércitos. Hizo el caballo de Darío lo que apenas saben hacer los pueblos modernos.

La gloria de este noble bruto es mas grande de lo que parece á primera vista, y conviene examinarla á la luz de la razon y de la historia.

Yo pregunto: ¿llamado el pueblo persa á designar su rey, hubiera elegido á Darío?

Puede que haya quien conteste que sí; y entonces yo afirmo que el caballo fué intérprete fiel de la voluntad del pueblo.

Pero es indudable que el pueblo persa pudo elegir á otro, y entonces es históricamente incontestable que el caballo de Darío tuvo más talento que todo el pueblo, pues no vaciló en elegir al único que merecia ser elegido.

Los votos del pueblo hubieran podido designar á cualquiera para ceñir la corona de Ciro; pero el relincho del caballo de Darío supo designar al que podia ceñirla.

Corresponde, pues, á tan noble bruto el honor de elegir rey, y la rara gloria de haber sabido elegirlo.

Cuatrocientos veintiocho años antes de Jesucristo, vino al mundo en Atenas un niño, que sus tiernos padres debieron recibir con viva alegría, y al que, de seguro, los cultos atenienses recibieron con completa indiferencia.

Llegó á contar algunos años de vida, y todavía la sábia Grecia ignoraba su nombre y le llamaba Aristocles, porque así se llamaba su abuelo.

Como no sabia hablar, no podia decir quién era, y los atenienses hubieran tardado algun tiempo en penetrar el misterio de este niño, si no se hubiera anticipado á su gloria una singular profecía.

El sueño es el placer de los niños, porque deben creer que durmiendo se sustraen al dolor de haber nacido, ó porque el cielo es para ellos el umbral del mundo adonde vienen, desde el que pueden ver el mundo que dejan.

Ello es que Aristocles dormia una mañana debajo de un mirto, cuando un enjambre de abejas rodearon su rostro, parándose algunas en sus lábios, y desde aquel momento corrió por Atenas la noticia de que aquel pequeño niño llegaria á ser un grande hombre.

De aquella boca libada por las abejas, debian salir más tarde raudales de dulzura, la miel de la elocuencia, y queriendo perpetuar en la gloria futura del hombre la gloria del animal que lo habia descubierto, le llamaron *apis atica*, abeja ateniense.

Aquel niño fué hombre, y aquel hombre fué Platon.

Si Colon hubiera descubierto la América antes de que América existiera, hubiéramos añadido á nuestra admiracion el más profundo asombro.

A los ojos del mundo atónito, la gloria del inspirado genovés, habria sido la primera gloria de la tierra.

Pues bien, las abejas descubren á Platon antes de que llegara á ser Platon.

Cuando el maestro que educaba sus músculos en los ejercicios del gimnasio, viendo la cuadrada anchura de sus hombros, le dijo, «tú eres Platon,» hacia ya algunos años que las abejas le habian dicho á Grecia y al mundo: «este será Platon.»

Pero véase lo que es el destino de los hombres; las abejas lo anunciaron, y un gallo lo venció.

Platon quiso dar á conocer á sus discípulos al hombre, y les dijo: el hombre es un animal vípedo é implume.

Diógenes, que se arrastraba por los pórticos de Atenas, tenia por lo visto más alta idea de sí mismo, y cojiendo un gallo, lo desplumó; corrió á la Academia, y arrojando el gallo desplumado en medio de los discípulos reunidos, esclamó: «¡ahí teneis el hombre de Platon!»

Permítaseme una suposicion racional.

Si Diógenes no hubiera tenido á la mano un ave que desplumar, supongo yo que el hombre seria á estas horas un animal con dos piés y sin plumas, esto es, un pollo desplumado.

Platon no tuvo más remedio que bajar la cabeza ante la réplica victoriosa de Diógenes; pero es incontestable que solo un ave pudo infundir en Diógenes tan brillante réplica.

El gallo fué para Platon más terrible que el mismo Diógenes.

De todas maneras, no podemos desconocer que á un pollo le debemos el ser hombres, y seria una injusticia y hasta una ingratitud negarle la gloria que le pertenece.

Sin pasar adelante, vemos que en el arte de la guerra hay elefantes que saben vencer á la gran reina de Babilonia.

Vemos que en el difícil arte de la política hay un caballo que sabe dar un gran rey á uno de los pueblos más grandes de la tierra.

Vemos que en el órden de los descubrimientos, un enjambre de abejas descubren en Atenas á Platon oculto en la risueña boca de un dormido.

Vemos, en fin, que en medio de las lecciones filosóficas de la primera academia de Atenas, un pollo desplumado triunfa del gran filósofo griego.

La fama ha llenado el mundo de celebridades humanas; pero confesemos una vez siquiera, que hay brutos memorables tan dignos de nuestra admiracion, como muchos hombres.

La historia nos dará datos para completar este ilustre catálogo.

J. S.

DON GONZALO CASTAÑON.

En este número publica LA ILUSTRACION el retrato de nuestro malogrado amigo y compañero en la redaccion de *El Dia*, últimamente asesinado en Cayo Hueso, segun parte oficial del dignísimo general Caballero de Rodas, por cinco refugiados cubanos de los que temerariamente han sostenido, y aun quieren sostener, una horrible guerra contra la integridad nacional, contra la bandera española. Castañon defendia valientemente la causa de la pátria y de la humanidad en el periódico *La Voz de Cuba*, y este ha sido el motivo que han tenido para asesinarle los que pretenden hacer simpática su causa recurriendo al incendio, al asesinato, y á todos los crímenes.

La muerte de Castañon debe ser sentida por todo español amante de la honra de su pátria; ha muerto por servirla con honor y valentía.

Tan querido como era por los peninsulares y por los cubanos sensatos, tan odiado era por los insurrectos á quienes combatia con tal nobleza, con tales razones, con tal fuerza irresistible de lógica, y sobre todo, con tal pátrio entusiasmo, que con sus artículos ejercia la más saludable influencia en la opinion pública en favor de la causa santa de la nacion.

Bien se manifiesta el ódio á Castañon en un periódico de Cayo Hueso, precisamente, titulado *El Republicano*, que recibimos todos los correos, y en cuyos números últimamente recibidos, y que son anteriores al asesinato, se le insulta de la manera más torpe y se le llama el *infame* Castañon. Quien tal ha escrito no conocia á Castañon, porque es imposible que, conociéndole, pudiera llamarle *infame* el mayor de sus enemigos. Corazon noble y leal, elevada inteligencia, carácter franco y generoso, Castañon era uno de esos hombres de quienes se puede decir cuando mueren: *No hizo mal á nadie*.

Su misma nobleza, su misma generosidad, le llevaron sin duda á Cayo Hueso, donde no le esperaban caballeros, le esperaban asesinos.

Gonzalo Castañon nació en Mieres (Astúrias) en diciembre de 1834, hijo de una honradísima familia. En la universidad de Oviedo siguió la carrera del foro de la manera más brillante, siendo siempre el primero, ó de los primeros, en el estudio, la inteligencia y el carácter, apreciado por sus catedráticos y querido como hermano por sus condiscípulos. El año 1859 terminó su carrera, y se dedicó al periodismo, fundando con jóvenes amigos una revista titulada *El Invierno*, en la que publicó infinidad de artículos sobre intereses materiales del Principado y sobre literatura: Castañon, si sus aficiones no le hubieran llevado por otro camino, hubiera sido un escritor satírico muy notable. Ya antes de terminar su carrera habia publicado otro periódico titulado *La Tradicion*, en el que

MINISTERIO DE EDUC
INSTITUTO DE

manifestó las grandes disposiciones que despues habian de desarrollarse con el estudio y la voluntad.

Deseoso de más ancho campo, vino á Madrid cuando mandaba el gobierno de la union liberal, época la más bonancible que la pobre España ha conocido en el reinado de doña Isabel II, y contrajo amistosas relaciones con varias personas influyentes en la situacion. Pudo entonces obtener un destino ventajoso; pero quiso antes probar su capacidad, y escribió varios remitidos sobre la cuestion de Roma y las ideas y propósitos de los absolutistas, dirigiéndolos al periódico *El Dia*, propiedad de otro amigo nuestro, muerto hace dos meses, el excelentísimo señor don José Fernandez del Cueto, hermano politico del eminente escritor don Juan de Lorenzana, que tambien escribió en aquel periódico notabilísimos artículos, como todos los suyos.

De los redactores de *El Dia* faltan ya cuatro, muertos todos cuando aun podian haber hecho mucho por su pátria; Fernandez del Cueto, Castañon, Albuerne y Barthe.

Aquellos remitidos le valieron ser nombrado redactor político de *El Dia*, y constantemente hasta que *El Dia* se refundió en *El Diario Español*, escribió Castañon sobre politica interior y exterior con notable acierto, mereciendo por sus artículos, que se distinguian por lo castizo de la frase, lo sólido de la argumentacion y la nobleza de las ideas, los más entusiastas plácemes de los principales hombres políticos.

EL GENERAL LACY-EWANS.

Terminada la publicacion de *El Dia*, adquirió la propiedad de la *Crónica de Ambos Mundos*, y escribió algun folleto político. A los dos ó tres años volvió á Astúrias á restablecer su salud, y fué elegido Diputado y Consejero provincial, desempeñando este último cargo hasta que fué nombrado jefe de seccion del gobierno superior de la Isla de Cuba, de donde no debia volver.

En Cuba, como en la Península, logró generales simpatías.

Secretario del gobierno de Puerto Príncipe era cuando llegó á Cuba la noticia de la revolucion de Setiembre, y dimitió su destino, volviendo á la Habana, donde algun tiempo despues obtuvo un cargo en el Banco de aquella ciudad, y fué nombrado Consejero de Instruccion pública.

Viendo el horrible estado á que iba á conducir á la Isla de Cuba la insurreccion que allí se declaró durante el mando del general Lersundi, y deseoso de contribuir en lo posible á la paz, fundó el periódico *La Voz de Cuba*, donde ha hecho la más brillante campaña en pró del honor y los intereses de la nacion española, mereciendo por estas virtudes cívicas el ódio de los enemigos de su pátria, que, al darle traidora muerte, han acabado de poner de manifiesto toda la deformidad de la insurreccion.

No han llegado todavía bastantes pormenores de este horrible asesinato; solo se sabe que habiendo ido Castañon á Cayo Hueso á pedir una reparacion al director de *El Republicano*, amigos de éste le acometieron en el

EMBELLECIMIENTOS DE MADRID.——Vista de la Plaza del Progreso.

pórtico del hotel, y sucumbió al mayor número, pero defendiéndose valientemente.

Castañon estuvo casado con la señora doña Angela Llanos, ya difunta, y deja dos hijos, Fernando y Rodrigo, á quienes la Isla de Cuba, estamos seguros de ello, premiará el heroismo y la virtud que han costado la vida á su noble y honrado padre.

C. FRONTAURA.

EL CONCILIO ECUMÉNICO.

El mundo católico tiene fijas sus miradas en Roma, donde se hallan reunidos en torno del Sumo Pontifice todos los prelados de la cristiandad, para examinar y resolver el árduo problema de la civilizacion moderna.

LA ILUSTRACION no puede menos de consagrar su atencion á este gran acontecimiento del siglo XIX, y al efecto publica en este número algunos grabadosrelativos al Concilio.

No es nuestro ánimo examinar aqui las causas que han podido determinar al jefe de la Iglesia á convocar el Concilio, ni mucho menos apreciar los problemas que el sínodo docente ha de resolver: árdua empresa seria, y no nos sentimos con fuerzas para acometerla.

Por lo demás, todavia no han empezado las discusiones; todavia no hay acuerdos, y hasta que del recinto en donde se celebran las solemnes sesiones no salgan soluciones concretas, no es posible apreciar la influencia que ejercerá el Concilio en la sociedad moderna.

Cúmplenos solo hacer votos para que la religion y la ciencia salgan unidas del Vaticano, perdiendo ésta la soberbia que la distingue en nuestros tiempos, y dejando aquellas anejas preocupaciones; la luz no puede perjudicar al catolicismo: por el contrario, permitirá que se admiren más y más sus bellezas.

Hecha esta indicacion, cúmplenos, al inaugurar los grabados relativos al Concilio, dar una sucinta idea del carácter de los concijios generales ó ecuménicos, reseñar los que se han celebrado en el mundo, y condensar en breves lineas las opiniones que se han formulado con motivo del concilio Vaticano.

Llámanse concilios las asambleas legítimas de los obispos reunidos para apreciar y resolver las cuestiones enlazadas con la fe, las costumbres y la disciplina de la Iglesia.

Los concilios son provinciales, nacionales ó generales. Estos, llamados *ecuménicos*, son aquellos para los que se convoca á todos los prelados del mundo á fin de terminar un cisma, estirpar una heregía que amenaza á la Iglesia, proponer y acordar medidas de disciplina general, ó para estatuir sobre algunos puntos de doctrina que no puedan ser arreglados de otra manera.

El Papa, como cabeza y jefe de la Iglesia, convoca estos concilios, porque además de su jurisdiccion sobre todos los prelados, es quien mejor puede apreciar la oportunidad y necesidad de su reunion.

Aunque la Iglesia es independiente, reclama al celebrar los concilios el concurso de las potencias para rodear la asamblea de la proteccion necesaria á la libre emision de los sufragios.

No puede haber Concilios ecuménicos sin la aquiescencia del Sumo Pontifice, el cual por si ó sus legados, preside, propone las cuestiones, y confirma las sentencias ó acuerdos. Los obispos juzgan y resuelven con sus votos; los sacerdotes y teólogos invitados solo tienen voz consultiva.

Las decisiones de los concilios generales en materia de fe son obligatorias; porque un concilio no establece nuevos dogmas, interpreta la Escritura, y resuelve cuál ha de ser la creencia católica. Segun San Vicente de Lerius, la Iglesia en los decretos de los concilios no hace más que trasmitir á la posteridad por escrito, lo que ha recibido de la antigüedad por tradicion. En materia de disciplina eclesiástica, los gobiernos se han reservado el derecho de apreciar si las decisiones de los concilios están ó no conformes con las leyes y las costumbres de los paises que rigen.

El concilio actual ó Vaticano, es en el órden cronológico de los ecuménicos el decimonono.

Hé aqui los nombres, fechas, duracion y causas de la reunion de los 18 anteriores.

CONCILIO ECUMENICO.—La silla de San Pedro en Roma.

1.º El de Nicea ó Niceno, celebrado en 327 bajo el pontificado de San Silvestre, con el objeto de defender contra Arrio la divinidad del Hijo de Dios, de determinar la época de la celebracion de la Pascua y de sofocar el cisma de Melebio. Duró tres meses.

2.º El primero de Constantinopla celebrado por 150 obispos el año 381, bajo el pontificado de San Dámaso. Condenó á Macedonio que negaba la divinidad del Espiritu Santo, y duró dos meses.

3.º Concilio de Efeso, en el que 430 obispos, presididos por el patriarca San Cirilo, delegado del Papa San Celestino, condenaron al imperio Nestorio que admitia dos personas en Jesucristo, y negaba que se pudiese llamar á la Virgen verdadera madre de Dios. Se celebró en el año 431, y duró dos meses y nueve dias.

4.º El de Calcedonia, presidido por Papa San Leon I, en que se definió contra Eutico la doble naturaleza de Cristo, y se condenó á Dioscoro. Asistieron á él 636 obispos. Se celebró en 451, y duró 21 dias.

5.º El segundo de Constantinopla en 453, bajo el pontificado de Vigilio. Asistieron á él 160 obispos y condenaron de nuevo las doctrinas de Nestorio y de Eutico, los escritos conocidos con el nombre de *Los tres capítulos*, y los errores de Orígenes. Duró un mes.

6.º El tercero de Constantinopla, en el que 289 obispos, bajo el pontificado de Agathon, condenaron la heregia de los Monotholitas. Se celebró en 681, y duró 10 meses.

7.º El segundo de Nicea en 787, bajo el pontificado de Adriano contra los iconoclastas. Duró 10 meses.

8.º El cuarto de Constantinopla en 869, bajo el pontificado de Adriano II. Asistieron á él 383 obispos, y examinaron y condenaron las ideas de Phocio. Duró cinco meses.

Los anteriores concilios se celebraron en Oriente, como han visto nuestros lectores: hé aqui los reunidos en Occidente:

9.º El primero, Lateranense, bajo el pontificado de Calisto II, se celebró en el año 1122 para restablecer la paz entre el sacerdocio y el imperio, acallar las quejas suscitadas por la cuestion de las investiduras y para tratar de la disciplina eclesiástica. Asistieron á él 900 obispos, y duró 19 dias.

10. El segundo, Lateranense, en 1139. Asistieron á él 1.000 obispos, bajo la presidencia de Inocencio II, y fueron condenados el anti-papa Pedro de Leon y los herejes petrobrusianos y los arnoldistas. Duró 17 dias.

11. El tercero Lateranense en 1179; 300 obispos, bajo el pontificado de Alejandro III, se ocuparon en la reforma de las costumbres, regularizaron la eleccion de los soberanos pontifices, y condenaron á los albigenses. Duró 19 dias.

12. El cuarto, Lateranense, en 1215, bajo el pontificado de Inocencio III; 463 obispos y muchos sacerdotes condenaron diferentes heregías y se ocuparon del modo de librar los Santos Lugares de la dominacion musulmana. Duró 20 dias.

13. El primero, de Lion ó Ludgunense, en 1245, bajo el pontificado de Inocencio IV. Se celebró para preparar la sétima cruzada y contra el emperador Federico II. Asistieron á él 140 obispos, y duró 20 dias.

14. El segundo, Ludgunense, en 1274, bajo el pontificado de Gregorio X. Se celebró para reconciliar á la Iglesia griega con la latina, y duró dos meses y 10 dias.

15. El Vienense, convocado por Clemente V en 1311, para la abolicion de los templarios. Asistieron á él 300 obispos y algunos sacerdotes. Duró siete meses.

16. El Florentino en 1438, presidido por Eugenio IV, Asistieron á él gran número de prelados griegos y latinos, y se celebró con el fin de reconciliar á las dos Iglesias. Duró nueve meses.

17. El quinto, Lateranense, presidido sucesivamente por los papas Julio II y Leon X. Se ocupó del cisma de Pisa y de la reforma disciplinaria. Asistieron á él 114 obispos, y duró cinco años y nueve meses.

18. El de Trento ó Tridentino, que comenzó en 1545, y terminó en 1563, sufriendo interrupciones. Tres Papas le presidieron: Pablo III, Julio III y Pio IV. Se celebró para condenar las heregias de Lutero y Calvino, llevándose á cabo al mismo tiempo la reforma del pueblo cristiano.

En este último concilio hubo grandes peripecias, y su historia detallada exigiria un gran volúmen. Nos limitaremos á recordar lo que pasó en la penúltima sesion celebrada el 1.º de diciembre de 1562.

Púsose á discusion un proyecto de cánon redactado en estos términos por el cardenal Seripandi: «Si alguno dice que no es por la institucion de Jesucristo por lo que hay obispos en la Iglesia católica, y que éstos, *cuando son nombrados por el romano Pontifice*, su vicario en la tierra, no son verdaderos y legítimos obispos superiores á

los sacerdotes... caiga sobre el que tal diga el anatema.»

El obispo de Cádiz protestó contra la redaccion de este proyecto, no queriendo que se considerasen como verdaderos obispos á los que solamente fueran *nombrados por el Papa* para compartir su solicitud pastoral, y objetando que los Ambrosios y los Agustinos no habian sido colocados en sus sillas episcopales por consecuencia de la investidura de los Soberanos Pontífices. A los ejemplos en este sentido que citó de los primeros siglos de la Iglesia, añadió otros hechos contemporáneos; y recordó que el obispo de Salzbourg podia nombrar cuatro obispos sin recurrir al Papa.

Estas últimas palabras, sobre todo, conmovieron á la Asamblea. El cardenal Simonetta contestó que si el obispo de Salzbourg podia nombrar cuatro obispos, era, no en virtud de un derecho propio, sino por privilegio y delegacion de la Santa Sede. El obispo de Cádiz interrumpió entonces al cardenal y le escitó á que demostrase sus palabras. Entonces aumentó la emocion de muchos padres, los cuales se levantaron con viva impaciencia contra el obispo de Cádiz, diciéndole: *¡fuera! ¡fuera!* y esclamando: *¡anatema! ¡es un hereje!* Y al mismo tiempo hicieron gran ruido para impedir con sus voces que el obispo continuara en el uso de la palabra. Llevando aun más lejos su impaciencia, interpelaron á todos los obispos españoles sobre las opiniones del obispo de Cádiz, y sostuvieron en términos formales que los obispos españoles suscitaban más dificultades al Concilio que los herejes. Los prelados así acriminados rechazaron la injuria devolviéndola á los que se la habian dirigido.

Interpusiéronse los legados y dieron cuenta al Soberano Pontífice de cuanto ocurria, y entonces Su Santidad, queriendo dar satisfacciones á los españoles, prescribió que se modificase el proyecto de cánon, causa originaria del tumulto.

Cuando tenia lugar aquel incidente, el cardenal de Lorena murmuró en voz baja, aunque con un ademan que pudo notarse: «Esto es inconveniente; jamás me hubiera yo atrevido á pronunciar una acusacion semejante.» Despues cuando volvió á su alojamiento se dice que añadió: «Si una afrenta semejante se hubiera hecho á un francés, yo hubiera apelado inmediatamente á un concilio más libre, y si éste no hubiese puesto término á tal abuso, todos nos hubiéramos vuelto á Francia.»

Hemos recordado este episodio por ser curioso, y al mismo tiempo por haber tomado parte en él un prelado español.

Volviendo ahora al décimonono Concilio que se está celebrando para dar una idea de las causas que han movido á Su Santidad á convocarlo, dejamos la palabra á la *Civilta Católica*, revista que ve la luz en Roma y que se espresa en estos términos:

«El Concilio ecuménico ha abierto sus sesiones en el Vaticano: más de 700 obispos, que han acudido de todas las comarcas del universo, circuyen hoy como una corona al Vicario de Jesucristo. Los ancianos de Israel, los príncipes del pueblo de Dios se hallan ya reunidos sobre la montaña santa de Sion para anunciar á los pueblos la palabra de la verdad y la santa ley del Señor que encierra en sí la virtud de trasmutar los corazones. En verdad, que este es el más grandioso acontecimiento del siglo XIX; y además es, sin contradiccion, el mayor de los remedios que podian emplearse contra los males que afligen nuestra época, ora sea en el campo de las teorías, ora sea en las costumbres. Es asimismo un nuevo milagro agregado á todos los que ha obrado anteriormente por medio del Pontífice Pio IX. Este Papa, grande, llamado con mucha razon el Papa de los prodigios, tenia ya asombrado el mundo con obras superiores á las fuerzas de un solo hombre. La definicion dogmática de la inmaculada Concepcion de María; el restablecimiento de la gerarquía católica en Holanda y en Inglaterra; la resistencia invencible que ha opuesto á los esfuerzos de la revolucion en medio del desaliento universal; la condenacion de los errores más predilectos de nuestro siglo, que ha pronunciado en el *Syllabus*; la union admirable que ha sabido inspirar en el Episcopado; el ardor que ha suscitado entre los fieles para atender á las necesidades y apuros del Tesoro Pontificio por medio del dinero de San Pedro; el nuevo ejército católico de Cruzados, poniendo sus armas y su vida para defender el poder temporal; la general conmocion del mundo que tanto ha distinguido la fiesta del Centenario de San Pedro y el aniversario de la ordenacion sacerdotal de Pio IX, hé aquí otros tantos prodigios que han llenado de asombro á todos los ánimos, sin excluir los más hostiles á la Iglesia; y de presente se añade el prodigio de la celebracion del Concilio ecuménico, que entre todos los acontecimientos es acaso el más digno de consideracion, tanto por causa de los efectos que está llamado á producir, como por las dificultades con que tropezaba su realizacion en el carácter de nuestros tiempos y en la naturaleza de las circunstancias.

En el año último, cuando en el dia de la fiesta de los Santos Apóstoles, el Soberano Pontífice anunció por la primera vez el Concilio por medio de la Bula *Æterni Patris*, el mundo juzgó este acto como una vana é imprudente aspiracion. Los incrédulos se burlaron de ello como de una idea loca, sugerida por una audacia ciega. Se sonrieron los políticos como de una tentativa impotente, singularmente porque se habia olvidado de consultarles y porque se habia prescindido de su concurso. Los sábios juzgaron peligrosa semejante idea. Aun entre los creyentes más resueltos se hallaron algunos que dudaron por algunos momentos, por razon de las condiciones dolorosas en que se hallaba el Soberano Pontífice.

Ahora bien, ¿en semejante estado de cosas, era posible el Concilio?

Sin embargo, á pesar de tan multiplicados obstáculos, el Concilio se ha reunido, y ha llegado á desmentir las predicciones del mal augurio. El Concilio se ha reunido, y ha inaugurado pacíficamente sus sesiones. De este modo se ve recompensado el augusto Pontífice por la inmensa confianza que ha tenido en Dios, y entre las amarguras, con que los impíos han procurado atormentarle, puede, por el contrario, gozarse de su triunfo y decir al Señor con el real Profeta: *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuæ lætificaverunt animam meam. Tanquam prodigium factus sum multis, et tu adjutor fortis.»*

Así se esplica la *Civilta*, y en efecto es asombroso que en medio de las grandes complicaciones de la política universal haya podido reunirse el Concilio.

Digamos algo de la sesion inaugural. Un testigo ocular nos la describe en una carta, cuyos principales fragmentos reproducimos á continuacion:

«Serian como cosa de las diez del dia 8 de diciembre último, dice el corresponsal, cuando el Papa apareció en el pórtico de la basílica á la puerta de la escala régia, llevado en andas en la silla gestatoria, y rodeado de todo su séquito. Entonces se puso en movimiento la procesion que le estaba esperando, compuesta de todos los funcionarios eclesiásticos de la ciudad eterna, los abades generales mitrados, los abades *Nullius*, los obispos, arzobispos, primados, patriarcas y cardenales. Detrás del Pontífice seguian los prelados *di fiocchetto*, los protonotarios apostólicos, los generales de las órdenes, los oficiales del Concilio y los taquígrafos. Entre tanto los cantores de la capilla Sixtina entonaban el *Veni Creator* y las salvas de artillería del fuerte de Santo Angelo anunciaban que habia principiado la ceremonia. Al llegar á la puerta de la basílica, el Papa se quitó la mitra preciosa (pues no llevaba la tiara), y dirigióse hácia el altar, en donde estaba expuesto el Santísimo Sacramento, y terminada la última estrofa del himno, cantó las oraciones. Rezadas éstas, los prelados pasaron á ocupar sus asientos en los escaños colocados á derecha é izquierda de la basílica sobre dos tablados que al efecto se habian levantado detrás del altar mayor. El Papa se sentó en un trono colocado en el fondo del semicírculo, en medio del colegio de los cardenales, en tanto que en el centro se situaban á un lado el Estado Mayor y al otro el Senado Romano. Cuando estuvieron todos instalados en sus puestos, el cardenal Patrizi, soto-decano, celebró una misa cantada hasta la bendicion. Luego monseñor Peuchez-Passavalli fué á pedir al Papa la bendicion y la indulgencia antes de recitar el discurso de apertura. El Papa dió la bendicion, el predicador publicó la indulgencia, y el cardenal celebrante dijo las primeras palabras del Evangelio *In principium erat Verbum*, retirándose cuando lo hubo terminado. Los sacerdotes de la capilla apostólica colocaron entonces un facistol en forma de trono sobre el altar, y monseñor Fessler, secretario del Concilio, colocó en él el libro de la Santa Escritura. Encima del mismo altar estaban preparadas las vestiduras del Sumo Pontífice. En cuanto hubo revestido la capa, recibió la obediencia de los padres del Concilio, y despues de leer las plegarias del ritual, pronunció la alocucion, despues de la cual entonó las letanías de los Santos y dió las tres bendiciones *super Synodum*. Á la voz del cardenal primer diácono, todos los prelados se arrodillaron para hacer la oracion mental, levantándose cuando el cardenal subdiácono dijo la fórmula: *Erigite vos*. Cantóse el Evangelio, y el prefecto de las ceremonias gritó: *Exeant omnes qui locum non habent in Concilio*. Entonces, quedando solos los prelados, el secretario leyó el decreto de apertura, invitando á los padres á dar sus votos; abriéronse de nuevo las puertas, el secretario proclamó el resultado de la votacion, y el Papa entonó el *Te Deum*.

Uno de los grabados que publicamos en este número representa la escena que acabamos de describir.

En el otro grabado aparece Pio IX rodeado de monseñores Patrizi, Reisach, Caterini, Bizarri, Bilio y Barnavo.

Hé aquí algunos datos biográficos de los personajes que forman esta composicion:

Pio IX, Juan María Mastai Ferreti, nació en Sinigaglia el 13 de mayo de 1792. Elegido Papa el 16 de junio de 1846, fué coronado el 21 de junio, y el 18 de noviembre del mismo año tomó solemne posesion del supremo pontificado.

Constantino Patrizi, presidente de la comision directiva de cardenales, nació en Siena el 4 de setiembre de 1798. Fué elegido cardenal el 23 de junio de 1834, pero hasta 1836 no publicó su nombramiento el Papa Gregorio XVI. Es además obispo de di Porto y Santa Rufina, sub-dean del Sacro Colegio, vicario general de Su Santidad y gran prior de la órden de Malta.

Cárlos Augusto de Reisach, miembro de la comision directiva del Concilio, y presidente de la político-eclesiástica, nació en Roth (Baviera) el 6 de julio de 1800. Fué encargado de la compilacion del *Syllabus*.

Próspero Caterini, miembro como los anteriores de la comision directiva y presidente además de la de disciplina eclesiástica, nació en Onano el 15 de octubre de 1795 y fué nombrado cardenal el 7 de marzo de 1853.

José Andrés Bizarri, miembro de la comision directiva y presidente de la referente al *clero regular*, nació cerca de Palestina el 11 de mayo de 1802, y fué elegido cardenal el 16 de marzo de 1863.

Luis Bilio, miembro de la comision directiva y presidente de la teología dogmática, nació en Alejandría (Piamonte) el 25 de marzo de 1826, y fué elegido cardenal el 22 de junio de 1866. Está además nombrado cardenal el 17 de diciembre de 1855.

Alejandro Barnabo, miembro de la comision directiva y presidente de la de misiones é iglesias orientales, nació en Foligno el 2 de marzo de 1801, y obtuvo el capelo cardenalicio el 16 de junio de 1856.

El tercero de los grabados que consagramos á la reproduccion de las escenas del Concilio, representa el altar en donde se venera la Silla de San Pedro.

La capilla está siempre llena de peregrinos y de curiosos, y ha sido en la época de la apertura del Concilio una de las preciosidades que con más afan han visitado los viajeros.

JUAN DE MADRID.

LA PLAZA DEL PROGRESO.

Pueden considerarse las obras que no ha mucho se han verificado en esta plaza, como parte de los embellecimientos de Madrid.

Los antiguos habitantes de las casas que la rodean echan de menos los frondosos y elevados árboles que la adornaban; pero estos árboles hubieran quitado vista á la estátua del patricio don Juan Álvarez Mendizábal, que hoy se levanta en su seno, y desaparecieron siendo reemplazados por arbustos, plantas y musgo, rodeados de un enverjado que les da todo el aspecto de grandes canastillos.

Entre ellos hay sendas ó calles con cómodos bancos, y todo el jardin está rodeado por una verja de hierro pintada de verde.

En el centro, sobre una meseta de tres escalones, hay un sencillo pedestal de piedra, y encima la magnífica estátua del gran hombre de Estado, esculpida por Grajera.

Esta estátua, producto de una suscricion patriótica, ha necesitado la Revolucion de Setiembre para salir del estudio de su autor. Hoy puede el pueblo contemplar la imágen de aquel hombre, que desde el escritorio de una casa de comercio logró llegar al primer puesto de la nacion, gracias á su talento y á la energía de su carácter.

Á derecha é izquierda del pedestal se ven dos fuentes rodeadas por una verja de caprichoso dibujo. El agua forma al salir una especie de cono luminoso.

No necesitamos añadir que esta plaza-jardin está durante el dia llena de niños que corren y juegan, de niñeras distraidas y de soldados galanteadores.

Por las noches sirve de punto de cita á los enamora-

dos, los cuales pueden reconocerse aun en las noches oscuras á favor de unos hermosos faroles que la alumbran.

Para completar esta reseña, diremos que antiguamente ocupaba todo el espacio del jardin el magnífico y célebre convento de la Merced, donde vivió el gran poeta Tirso de Molina, que era mercenario.

Este convento fué uno de los que más desgracias tuvieron que lamentar durante el terrible dia conocido en la historia de este siglo por el de la matanza de los frailes.

Hace algunos años despertó la plaza del Progreso la curiosidad del público.

Un zahorí anunció que habia en ella un tesoro desde el tiempo de los mercenarios.

La prensa repitió el anuncio, y el gobernador de Madrid tomó cartas en el asunto.

—Yo averiguaré, se dijo, si es cierto que ese hombre ve el oro á través de las capas de tierra.

Le llamó, enterró una onza en un tiesto, mandó que llevasen á su despacho el tiesto con la onza, y al tener delante al zahorí, le dijo:

—Vamos á ver, buen hombre, dígame usted si en ese tiesto hay una onza de oro enterrada.

El zahorí, viéndose interrogado con tanta candidez, vaciló; pero al fin contestó afirmativamente.

Pocos dias despues comenzaron las escavaciones en la plaza, acudieron muchos curiosos á presenciarlas, y en efecto, despues de varias esploraciones, no pareció tesoro alguno.

Terminemos diciendo que las hermosas casas que se han construido recientemente embellecen esta plaza, una de las mas animadas de Madrid, tanto en tiempos tranquilos como en las desdichadas épocas de jarana.

DANIEL GARCÍA.

PASO DE LA FRAGATA «BERENGUELA.»

POR EL CANAL MARÍTIMO DE SUEZ.

Archivo de importantes sucesos contemporáneos; espejo de cuanto es digno de conservarse por medio del dibujo y del grabado; solaz á un tiempo y amena instruccion para el espíritu, eso debia ser LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA; eso es, y, á no dudarlo, seguirá siéndolo con mayor ventaja cada dia.

¡Dónde mejor para conservar el relato del paso de la *Berenguela* por el canal marítimo de Suez, que, fundado en documentos oficiales, y con la breve claridad que el caso exije, nos proponemos extender á continuacion!

I.

El dia 13 de noviembre, á la una de la tarde, salió la fragata *Berenguela* del puerto de Alejandria, bajo la direccion del práctico, encaminándose á Puerto Said, en primera velocidad y consumiendo carbon de popa con objeto de lograr cuanta diminucion fuese posible en el calado de ésta.

En pos de la *Berenguela* salieron tambien dos corbetas de guerra, sueca la una, y noruega la otra. El viento al N. levantaba mar, y á las nueve y media de la mañana del siguiente dia 14 se avistó la torre de la farola de Puerto Said. Luego parecieron los buques anclados en el puerto y rada, donde fondeó la fragata en ocho brazas, y con ella las ya mencionadas corbetas de guerra.

Los buques de la rada eran dos fragatas de guerra austriacas, acorazadas, y una de ellas arboló la insignia de contra-almirante. No sin trabajo, porque la corriente al S. E. cogia atravesada á la fragata, saludó ésta á la insignia con 13 cañonazos, segun ya habia hecho la corbeta sueca, y despues del buque español la hizo la corbeta noruega; pero como la mar engrosaba por momentos, las fragatas, encendidos ya los hornos, abandonaron la rada. Despues el ayudante del almirante estuvo en el puerto á decir al señor Salgado que, hallándose las fragatas de vuelta en la rada, iban á contestar, y el dia 16 escribió el contra-almirante en carta oficial, que lo habia hecho á las once y media de la mañana.

La tarde del 14 avisó un práctico, en nombre de monsieur Lesseps, que no se podia entrar por la mucha mar que rompia en la boca. Las corbetas se hicieron á la mar, y la *Berenguela* permaneció fondeada, pero siempre con la máquina lista. El barómetro anunciaba calmaria el tiempo.

A la pregunta del señor comandante de la *Berenguela*, de si podria pasar la fragata por el canal marítimo, se recibió por el consulado general de España en Egipto la traduccion de la carta, en que contestaba el agente superior director de los trabajos del canal marítimo de Suez.

La carta, fecha 3 de julio de 1839, decia que las noticias pedidas acerca de las condiciones de la navegacion en que se hallaria el canal marítimo, desde el dia en que se inaugurase (que se habia determinado fuese el 17 de noviembre próximo) eran las siguientes, que copiamos:

«El canal tendrá en toda su extension ocho metros de profundidad, ancho de 22 metros en el fondo con taludes ó escarpas de dos por uno de declive, y el ancho mínimo de 60 metros á flor de agua. Además de los dos puertos extremos de Puerto Said y Suez, los buques podrán anclar en el puerto interior de Ismailia. El canal, en el punto donde atraviesa los lagos Amargos, se halla provisto de las correspondientes balizas, y está iluminado en toda su longitud para la navegacion. No presenta peligro de poder encallar los buques en ningun punto. Con todo, éstos no deberán atravesar el canal sino bajo la direccion de pilotos esperimentados que proporcionará la Compañía.»

II.

Dia 15: á la salida del sol llegó el práctico y dirigió la *Berenguela* adentro, teniendo nuestros marinos la satisfaccion, al pasar por el costado de la insignia francesa, saludada ya por la fragata, de oir los ecos de la marcha real española tocada por la música del buque donde tremolaba la referida insignia. Lo propio hizo mas adelante el yacht del khedive, arbolando el estandarte del príncipe. Quedó amarrada la fragata próxima á la boca del canal marítimo. Al estandarte saludó nuestra *Berenguela* con 21 cañonazos, haciendo lo mismo el del príncipe heredero de Holanda que tambien estaba arbolado.

A las ocho entró el emperador de Austria, y la *Berenguela* engalanó con todas las banderas, saludando á la par de los demás buques con 21 cañonazos. Faltos, entre tanto, nuestros marinos de todo agente diplomático de su nacion que les presentase á las personas reales, creyó, con razon, el Sr. Salgado lo más prudente, que á las once del mismo dia 15 fuera el teniente de navío, don Jacobo Varela, á manifestarlo así al virey de Egipto, al emperador de Austria y al príncipe de Holanda, indicando al mismo tiempo que á bordo de la *Berenguela* iban personas distinguidas para Filipinas y Japon, por si las citadas personas reales se dignaban señalar á quién habian de recibir.

Señaló el virey las tres de la tarde; dijo el emperador de Austria que recibiria á los españoles cuando estos gustasen, y ni uno ni otro limitaron el número de personas que les fuesen á ver. El príncipe de Holanda citó tan solo al comandante de la fragata, advirtiendo fuera de pequeño uniforme. A las dos acudieron los españoles de gala al yacht del emperador de Austria, á quien presentó el señor Salgado los jefes, legacion que trasportaba el buque y una comision de oficiales del mismo, en nombre de todas las clases de la armada. El comandante de la *Berenguela* manifestó, en francés, en nombre del Gobierno y de la marina, todo el respeto y consideracion debidos al ilustre representante de aquella familia, cuyo recuerdo despierta en España el de gran parte de los sucesos más señalados de su historia. El emperador contestó igualmente, en francés, mostrando la mayor cortesanía y deferencia á nuestros marinos. Con no menor deferencia y amabilidad fueron estos recibidos por el virey. Luego visitó el señor Salgado al príncipe de Holanda, el cual, despues de las frases de estilo, se escusó con la falta de tiempo y pequeñez del buque, por no haber podido recibir á todos.

No fué posible á la sazon ver oficialmente á Mr. Lesseps, pero éste aseguró al teniente de navío, don Cárlos Delgado, que la *Berenguela* pasaria al Mar Rojo, é invitó al citado oficial y al comandante de la fragata á comer. Mas ni aun de esta manera fué posible tratar de lo que tanto interesaba á nuestros marinos, pues cuando llegaron como enviados á la casa, Mr. Lesseps salió pidiéndoles mil perdones, por tener en aquel mismo instante que concurrir á una junta de la Compañía. Añadió que sus hijas quedaban encargadas de hacer los honores de la mesa á nuestros compatriotas, como así sucedió.

III.

Solemne fué la ceremonia de la fiesta verdaderamente internacional, celebrada con motivo de la apertura del canal marítimo de Suez. Presentes se hallaban la emperatriz de los franceses, el emperador de Austria, el príncipe de Rusia, además de otras personas reales invitadas por el virey de Egipto.

El puerto y rompe-olas de Puerto Said, el lago de Menzaleh, los llanos de Pelusia, la nueva ciudad y puerto interior de Ismailia, el lago Timsah, los lagos Amargos, el corte de Chaluf, el canal de Agua Dulce inmediato al marítimo, ferro-carriles, ciudades, estaciones, puertos y almacenes, todo esto y mucho más de que podriamos dar cuenta, es ya conocido de nuestros lectores. De los referidos lugares hay uno que interesa grandemente á nuestra narracion. Hablamos del Serapeum, paso por donde se temió al principio no pudiese cruzar la *Berenguela*.

El dia fué, en verdad, solemne. *L'Aigle*, llevando á bordo á la emperatriz, iba á entrar en Puerto Said. Buques de guerra y mercantes de diversas naciones esperaban á la dama, esposa de aquel á cuyo poderosísimo influjo puede asegurarse debia el canal marítimo el ser. Las dos fragatas austriacas acorazadas, cubiertas de alegres banderas, la escuadra inglesa de buques igualmente acorazados, todos dispuestos en formacion perfecta, y en suma, por doquier mástiles y banderas de todas las naciones, daban aspecto de esplendor y alegría al magnífico espectáculo. La bandera americana ondeaba en el consulado, mas no habia un solo barco de aquella nacion, al paso que el mayor número era de franceses.

Apenas se presentó el yacht imperial cerca de los buques austriacos é ingleses, fuera del puerto, saludaron todos. Siguió *L'Aigle* adelante, y fué lentamente entrando, mientras frente á la ciudad habia una verdadera flota de barcos de todas clases y de las más apartadas regiones. Un grito, pronunciado al propio tiempo en diversas lenguas, aclamó á la emperatriz, mientras atronador cañoneo la saludaba. El buque imperial hubo de detener el paso, no siendo posible caminar aprisa y con seguridad al través de tan densa humareda.

Despues de esto y dejando pasar cierto tiempo, fué el Khedive á visitar á la emperatriz. Los buques de guerra, saludándose unos á otros, mantuvieron el cañoneo durante una hora.

Celebróse á las tres de la tarde la ceremonia religiosa, por los mahometanos primero, y el clero católico y griego despues, segun ya tienen noticia nuestros lectores, mientras la infantería egipcia formaba en ala, así como la artillería de campaña á la vista, orillas del mar.

Entre tanto ilustre personaje como asistia á la solemne ceremonia, llamaba la atencion Abd-el-Kader, en traje árabe. Acabado el acto, despues de la elocuente peroracion del señor Bauer, confesor de la emperatriz, tornaron los convidados con el Khedive á sus yachts, por medio de la tropa. El emperador de Austria daba el brazo á la hermosa emperatriz de los franceses.

Llegó la noche, y los fuegos artificiales, la luz eléctrica y la luna, todo á un tiempo, formaban bellísimo y sorprendente espectáculo, el cual aumentaban las portas iluminadas de los buques.

Habian llegado los señores de la comision de España, en el vapor que el Khedive dispuso para ellos, y convidados por el comandante de la *Berenguela*, comieron con él y toda la oficialidad del buque. Puesta la mesa, que era de treinta y cinco cubiertos, en la toldilla, duró el banquete desde las seis hasta las diez. ¡Soberbio espectáculo tenian á la vista nuestros españoles, mientras, reunidos, pronunciaban elocuentes palabras en honor de la madre patria y de la marina! Allí, en aquel hermoso pedazo de España, donde nuestro idioma varonil saludaba una de las mayores empresas que vieron ni verán los siglos, ondeaba la bandera española amparando hijos de Iberia...

¡Brillaban en tanto la iluminacion, los fuegos artificiales, la luz eléctrica, y á todos señoreaba con plácida sonrisa, mensajera de Dios, la luna esplendente!

¡Imagine el lector, si puede, más hermoso espectáculo!—La noche era, en verdad, á propósito para la serenata que algunos de nuestros marinos tuvieron la feliz ocurrencia de dar á su compatriota la emperatriz.

IV.

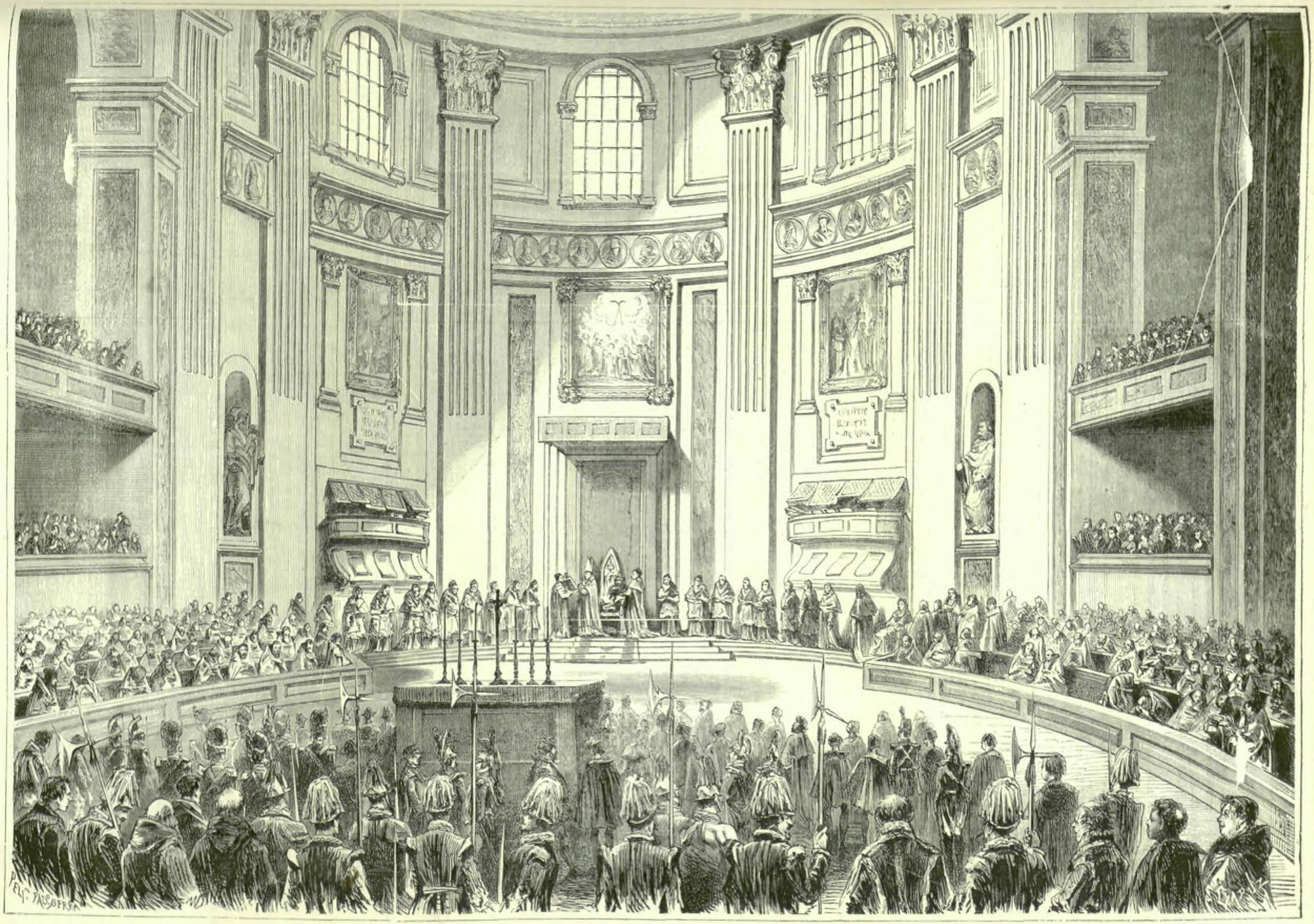
El dia 17 no pasó la *Berenguela*, y aunque todos, incluso el práctico, aseguraban habia agua suficiente hasta Suez, no dejó el señor Salgado de advertir cierta cortés y disimulada oposicion á que la fragata pasase, por entonces.

Hiciéronlo únicamente los buques de menor calado, rompiendo la marcha á las ocho de la mañana el yacht de la emperatriz, al cual seguian los demás.

El 18 por la mañana pasaron la corbeta noruega, el vapor español mercante *Pelayo*, y algunos buques más.

Por curiosa damos aquí la relacion de los buques de guerra fondeados en Puerto Said el 17 de noviembre

CONCILIO ECUMÉNICO.—Pio IX y los Presidentes de las secciones del Concilio.



CONCILIO ECUMÉNICO.—Salon de sesiones del Vaticano el dia de la inauguracion.

de 1869, en que se inauguró el canal de Suez, y fueron los siguientes:

FRANCESES: Yacht de S. M. la emperatriz, *Aigle*; fragata *Themis*, con insignia de contra-almirante; vapor *Actif*; id. *Forbin*; id. *Bruat*; id. *Salamandre*.

AUSTRIACOS: Yacht de S. M. el emperador de Austria, *Gaif*; fragata blindada, *Ferdinand Max*; id., id., *Robsburg*, ambas fondeadas en la rada; corbeta *Heligoland*; vapor *Elisabeth*; corbeta *Rum*.

PRUSIANOS: Fragata *Arcona*, con S. A. R. el príncipe de Prusia; id. *Elisabeth*; id. *Herta*; vapor *Dauphin*; idem *Grille*.

HOLANDESES: Fragata *Von Wassemaen*, con su A. R. el príncipe de Holanda; vapor *Wack*; id. *Brialand*.

EGIPCIOS: Vapor *Marhusse*, con S. A. el virey de Egipto; fragata *Mohammed Alí*; vapor *Misier*; id. *Latif*; idem *Garhé*; corbeta *Masé*; id. *Faium*.

INGLESES: Fragata blindada *Lord Warden*, con insignia de vice-almirante; id. *Caledonian*; id. *Rogal Oak*; idem *Prince Consort*; id. *Bellerophon*, todas fondeadas en la rada; vapor *Psyche*, con el embajador inglés en Constantinopla; vapor *Linx*; corbeta *Nevpvort*; vapor *Rapid*; idem *Lee*.

SUECO: Corbeta *Wannadis*.

NORUEGO: Corbeta *Nordsjerten*.

RUSOS: Vapor *Piesonnage*, con el embajador de Rusia; corbeta *Jachant*.

ESPAÑOL: Fragata *Berenguela*.

Habia, además, la fragata de guerra dinamarquesa *Sanson*, y hasta ciento veinte entre vapores y barcos de vela, mercantes, entre ellos el vapor español *Pelayo*.

La *Berenguela*, que habia permanecido en su puesto, hubo de engalanar saludando al yacht de la emperatriz y demás barcos, que en el dia 23 tornaron á Puerto Said.

A la tarde fué en persona Mr. Lesseps á visitar al señor Salgado, y darle explicaciones á la carta oficial que éste le habia dirigido el dia 17. La dificultad era en el Serapeum, donde habia una peña con solo cinco metros de agua y otros cinco de superficie, único paso difícil del canal. Mas todo se podia hacer, alijando el buque, hasta dejarle en el calado necesario, para lo cual el señor Lesseps facilitaria, sin gasto alguno, cuanto necesario fuese, empleando, á ser necesario, camellos de suspension.

En que pasase la fragata tenia interés Mr. Lesseps, no solo por el crédito de la Compañía, más por su cariño especial á España.

En la mañana del 24 de noviembre se presentó de nuevo Mr. Lesseps, como lo habia prometido, acompañado del ingeniero director de los trabajos, comandante de marina, y demás personas competentes; y en la cámara de recibo, ante el señor segundo comandante y oficiales que se hallaban á bordo, dieron todos las esplicaciones que anteriormente habia dado Mr. Lesseps, añadiendo se podia contar con la más completa seguridad de buen éxito.

Dudó el señor Salgado si estaba en el caso de emprender faenas de tanta consideracion, como echar fuera artillería, carbon y velámen, sin hallarse autorizado por el señor ministro de Marina, y con objeto de resolver el caso, puso telégrama, que Mr. Lesseps se ofreció á trasmitir en francés para mayor seguridad. Así lo hizo éste, remitiendo á bordo una copia.

En el lago Timsah habia que hacer las operaciones de alijo, para las cuales pedia Salgado autorizacion, y como era preciso pasasen lo menos tres dias hasta que tornaran los barcos que habian ido á inaugurar el canal, razon habia para esperar llegase la contestacion de España.

Recibió al cabo Salgado autorizacion para pasar el canal, si creia suficientes las seguridades que le daban. Puesto de acuerdo nuestro marino con los directores de la Compañía, emprendió la fragata la navegacion, no hallando dificultad desde Puerto Said, hasta el lago Timsah. En pos de la nuestra, seguia la fragata de guerra prusiana *Hertha*.

V.

Viendo que el caso exigia cierta espera, los señores de la embajada del Japon determinaron embarcarse en la Mala francesa. Navegó la *Berenguela* sin estorbo hasta el kilómetro 45, gobernando el buque con habilidad suma el señor comandante de marina Mr. Paul Pointel.

Los calados, con artillería y batería á proa y la mitad de la aguada, eran: de popa 5'57, y de proa 5'55. Pasado el kilómetro 45, y rebasado Kántara, hubo la *Berenguela* de parar, amarrada á la orilla izquierda, esperando la vuelta encontrada de la fragata de guerra *Nordstjernen*, que se hallaba en el lago Timsah. Amarró por la popa de nuestra fragata la prusiana, de que más arriba hemos hablado, y en seguida un gran vapor mercante inglés, de 120 metros de eslora. Entonces fué cuando se separaron de nuestros marinos los señores de la embajada del Japon.

No habian cesado un punto de trabajar las dragas en el kilómetro 58, y llegado el caso de seguir adelante, no quiso tampoco Mr. Paul Pointel que nadie pilotease el barco, que gobernó él en persona; y anduvo sin tocar ni una sola vez en los violentos tornos del Guisr ni en el paso del referido kilómetro 58, el cual, dragado, ofrecia 6'2 metros de profundidad y 16 de anchura. Á las cuatro fondeó nuestra fragata á menos de una milla de Ismailia, quedando la prusiana barada á la entrada del lago y sucediendo lo propio á mitad del camino al vapor inglés.

Con esto resaltaba la distincion hecha á España por la Compañía y por Mr. Pointel, cuya exactitud y acierto fueron tales en los pasos del Guisr y de Ferdanne, rascando seis enormes dragas, sin detener un solo momento la velocidad de cinco millas que el barco llevaba, que, desde luego, se propuso el señor Salgado recomendar debidamente el hábil y cortés comandante de marina al gobierno español.

Hasta la mañana del 9 de diciembre no se comenzó á descargar la *Berenguela* de cuanto habia de ir por el canal de agua dulce á Suez. Empleáronse ocho gabarras, y duró la faena hasta el dia 13, mientras barrenos y dragas seguian trabajando en el Serapeum.

En la tarde del 15 halló el comandante de marina, Mr. Victor Possel, que en dicho punto tenia ya el canal 5'10 metros. La *Berenguela* calaba todavía 5'30 metros, lo menos en que pudo quedar. Hízose entonces de suerte que la fragata, teniendo en cuenta la figura de la cuaderna maestra á cuatro metros de la quilla, ganase cerca de un metro de agua, y de acuerdo con el comandante de marina, determinó el señor Salgado pasar el dia 16.

Paró la máquina al llegar al punto de mayor dificultad, y andando despacio siguió adelante sin el menor tropiezo, desembocando en los Lagos Amargos y siguiendo hasta el kilómetro 145. Allí bajaba la marea con bastante velocidad, y habiendo que cruzar todavía varias estrechuras, fondeó la *Berenguela* con los anclotes, á prevencion dispuestos en la proa.

Á las siete de la mañana del dia siguiente se avivaron los fuegos, y aprovechando el crecer de la marea, siguió nuestra fragata adelante, llegando á Suez á las nueve, donde quedó amarrada orillas del canal y próxima al desembocadero, pudiendo recojer el velámen, artillería, carbon, anclas, cadenas y demás objetos que se habian tenido que desembarcar, trasportados al mismo punto por el Canal de Agua Dulce.

Llegó en esto el mismo Mr. Lesseps en persona rebosando de júbilo el semblante, y diciendo iba á felicitarle á sí propio y á felicitar al señor Salgado. Con razon, en verdad, pues la *Berenguela* era el buque de mayor manga y calado que atravesaba el canal.

Entonces, Mr. Lesseps, cuya satisfaccion era cada vez mayor, abrazó al comandante de nuestra fragata, añadiendo que en aquel momento abrazaba á España entera, y que cuanto habia hecho para mostrar simpatía y cariño á nuestro nombre, le parecia insuficiente.

Justo es que desde las columnas de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, digamos nuestro agradecimiento á Mr. Lesseps, *hijo de madre española*, devolviéndole su abrazo y deseándole toda la ventura, toda la honra y toda la prez que se merece. Á tales pensamientos no puede menos de unirse con el corazon quien esto escribe, hijo de un antiguo y leal amigo de Mr. Lesseps.

La *Berenguela* estaba ya en las aguas del Mar Rojo... En telégrama recibido el dia 26 de diciembre, daba cuenta el señor Salgado de haber salido el dia 25 para Manila con la fragata de su mando.

FERNANDO FULGOSIO.

LA FE DEL AMOR.

NOVELA

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(CONTINUACION.)

III.

MISTERIO.

El arroyo de Butarque es una pequeña rambla que pasa entre una cortadura de terreno, coronada de espinos y revestida de hiedra, y una espesura de álamos negros.

Aquel lugar, aun de dia es siniestro.

Aun de dia, huele á crimen.

Por la noche, y aun á la caida de la tarde, se evita su paso.

En este lugar, pues, y cerca de las nueve de una noche lóbrega, era donde Estéban habia oido aquellas angustiosas voces de:

—¡Asesinos! ¡Socorro!

Los cabellos se le erizaron de horror.

Refrenó á la yegua, y escuchó:

—¡No hay quien me socorra, por el amor de Dios! repitió la voz agonizante.

Estéban detuvo decididamente el carruaje.

Ató corto las riendas á la concha para que la yegua no pudiera marchar y saltó á tierra.

Otro en su lugar hubiera apretado á la yegua y hubiera salido á escape del mal paso.

Pero Estéban era valiente y tenia buen corazon.

Se encaminó á la arboleda que se estendia á la derecha del camino, se detuvo á su borde y escuchó.

Tenia las dos pistolas amartilladas en la mano, y el corazon sereno.

Oyó un gemido profundo.

Sin duda el que habia hablado antes no podia ya hablar.

Estéban adelantó vivamente hácia donde habia sonado aquel gemido, esclamando:

—¡Ánimo! ¿Dónde es?

En aquel momento sintió que le asian fuertemente los brazos por detrás, y en vano procuró desasirse: estaba sujeto como por una máquina de hierro.

Al mismo tiempo una sombra que le habia acometido de costado ¡un fraile! le arrancaba las pistolas.

Y todo esto en silencio.

Estéban pretendió gritar, pero su voz se ahogó en un pañuelo que le habian puesto en la boca.

Luego le ataron.

Entonces vió Estéban que se trataba de dos frailes.

La idea de los Pulgas, de los dos bandidos hermanos de Carboneras, le vino á la imaginacion.

¿Qué pretendian? ¿Qué podian robarle? ¿El reloj? ¿Ochenta, cien reales que era todo lo que Estéban llevaba consigo?

Pensando en esto les dijo:

—¡No me maltrateis! ¡No me mateis! ¡Yo no os conozco! ¡Yo no puedo denunciaros; tomad todo lo que llevo encima! ¡Evitad un crimen inútil!

Los bandidos no contestaron, siguieron en su maniobra de atar de piés y manos á Estéban, y de impedir que pudiese hablar apretando más el pañuelo, á través del cual habia podido pronunciar de una manera ahogada sus palabras el jóven.

Luego los bandidos asieron de él, el uno por los piés, el otro por debajo de los brazos, y le internaron en la espesura.

Estéban esperimentaba un terror indescriptible: una convulsion poderosa, la convulsion del terror, la agonía de una muerte horrible que esperaba de momento en momento le agitaba: zumbaban sus oidos: su sangre estaba helada: un vértigo horrible se apoderaba de él: aquello era morir cien veces.

Los bandidos no pronunciaban una sola palabra.

Continuaron marchando durante algunos minutos.

Cuando llegaron á lo más espeso de la arboleda, dejaron á Estéban en el suelo.

Luego uno de los bandidos se alejó, y el otro fué á sentarse al pié de un árbol á poca distancia de Estéban.

Éste no podia absolutamente moverse: de tal manera le habian atado.

Estaba tendido boca arriba.

Las ligaduras y la mordaza le lastimaban de una manera dolorosa.

Sin embargo, no le habian robado. ¿Qué pretendian, pues, aquellos hombres?

Sin duda apoderarse de la yegua y del carruaje; pero si eran ladrones, ¿por qué no le habian quitado el reloj y el dinero? ¿Por qué mientras el uno se alejaba, el otro continuaba guardándole?

Estéban no se podia esplicar esto: bien es verdad que no podia esplicarse nada: el terror coartaba sus facultades.

Él veia á poca distancia la silueta informe del fraile guardian, que más oscura que el fondo sombrío de la noche se recortaba de una manera fatídica: los troncos de los árboles tenian una apariencia lúgubremente fantástica: el viento frio y pesado parecia el hálito de una tumba:

todos esos leves rumores campestres que constituyen la armonía melancólica de la noche, tan poéticos para los que gozan, eran horribles para Estéban.

Le parecian emanaciones amenazadoras de la eternidad.

Su estado era horrible.

La incertidumbre, cuando se trata de la vida, es el mayor de los tormentos: las contracciones nerviosas producidas por el terror, insoportables, y con mucha frecuencia mortales: la peor agonía es aquella que nos hace ver la muerte avanzando lentamente hácia nosotros.

Cada momento que trascurre en una situacion semejante, es una eternidad de penas desconocidas, inconcebibles.

Estéban no apreciaba, no podia apreciar la duracion del tiempo: no pensaba, sentia, y sentia de una manera horrible.

Al fin escuchó pasos: este fué un nuevo acrecimiento de terror.

¿Qué otro peligro se acercaba? ¿Quién era quien llegaba?

El bandido guardian se levantó.

El otro fraile apareció poco despues.

En silencio como antes se acercaron á Estéban, le quitaron la mordaza y le desataron.

Luego se alejaron rápidamente y desaparecieron.

Estéban se puso trabajosamente de pié: si hubiese sufrido una larga y dolorosa enfermedad, no se hubiera encontrado más débil ni más calenturiento.

Necesitó apoyarse en el tronco de un árbol para sostenerse de pié.

Pero la reaccion se fué operando rápidamente: despues de algunos minutos Estéban recobró sus fuerzas y pudo hacerse cargo de su situacion.

Un copioso sudor frio le inundaba.

En vano queria esplicarse la significacion de lo que acababa de pasar por él.

No se le habia quitado nada de lo que llevaba encima: solo le faltaban sus pistolas.

Volvió á pensar que el objeto de aquellos dos estraños bandidos no habia sido otro que apoderarse de la yegua y del carruaje.

Era necesario cerciorarse de esto.

Estéban hizo un nuevo esfuerzo, se irguió y se puso en marcha hácia el camino.

Allí con una grande sorpresa encontró el carruaje.

La yegua alentaba fuertemente como por resultado de una gran fatiga.

Estéban la reconoció.

Estaba cubierta de un copioso sudor.

Todo inesplicable: todo misterioso: Estéban veia algo terrible detrás de aquel misterio: algo pavoroso, pero indeterminado, oscuro.

¿Qué debia hacer? ¿Volverse á Leganés ó continuar hácia Madrid?

En Leganés no le esperaba nada: en Madrid Elena estaba sin duda impaciente, temiendo tal vez que á Estéban le hubiese acontecido una desgracia.

El corazon del jóven le impulsaba á Madrid: por otra parte, habiendo salido de un tal y tan enorme peligro, no era de presumir le aguardase otro en lo que faltaba de camino.

Estéban sacó su reloj: pero estaba tan oscura la noche, que le fué imposible ver la hora.

—Y bien, dijo, por tarde que sea, ella me esperará; podré hablarla como otras noches por el ventanillo de la tienda.

Y saltó en el carruaje: al poner una mano sobre el almohadon sintió una especie de humedad particular: tropezó, además, con una pistola.

La examinó: su dedo pequeño tocó la bala á poca distancia del cañon: era un pistolete de buen calibre pero de cañon muy corto y á bala forzada: buscó el otro y no le encontró.

Esto era una nueva cosa estraña; una nueva voz misteriosa.

Buscando habia tocado en el interior del carruaje algunos lugares húmedos.

Un nuevo pavor trabajaba el alma de Estéban.

—Adelante, dijo: en fin, lo que sea resultará.

Y lanzó la yegua, que como si se hubiera creido tambien en peligro partió al galope hácia Carabanchel Alto; es decir, en direccion á Madrid.

Al montar una pequeña loma, al revolver un recodo del camino, apareció á una cierta distancia entre la sombra un punto rojo y luminoso.

Aquella luz provenia del ventorrillo del Cojitranco, situado sobre el camino á poca distancia de Carabanchel de Arriba.

Estéban sentia una sed devoradora: apretó la yegua, y en pocos momentos estuvo en el ventorrillo.

El Cojitranco, que era un hombrecillo alegre, como de unos cincuenta años, estaba á punto de cerrar la puerta.

Su mujer, obesa individua, de la misma edad, de semblante bonachon y rudo, lavaba las vasijas en el mostrador.

—¡Calla! dijo el Cojitranco reconociendo el carruaje que acababa de pararse á su puerta, y dirigiéndose á su mujer: ¿no te decia yo que no podia faltar? ¡Aquí está!

Estéban tenia la costumbre de tomar un vaso de vino ó una copa de aguardiente en el ventorrillo cuando iba y cuando venia.

Era un pequeño parroquiano semanal.

—¡Tarde se viaja esta noche, don Estéban! dijo el Cojitranco: ¡buenas noches! ¿Vá bien?

—Perfectamente, Cojitranco: ¡buenas noches! buenas noches, señora Petra.

—Buenas noches, don Estéban, dijo ésta: ¿cómo tan tarde? ¿Se le van á usted resfriando los amores de Madrid? Porque usted allí, á la fuerza tiene una novia.

—Me he entretenido un poco, dijo Estéban, que no se atrevió á contar su aventura del Arroyo de Butarque.

—Pero señor, dijo el Cojitranco, ¿qué le sucede á usted, don Estéban? ¡Tiene usted una cara de desenterrado! ¿Le ha pasado á usted algo?

—Absolutamente nada, contestó Estéban; es que estoy algo malo: déme usted una copa de aguardiente con agua, señora Petra: esto pasará.

Estéban creyó notar un cambio marcado en la fisonomía de los dos esposos: entre ellos se habia cruzado una mirada de inteligencia. ¿A qué propósito? Estéban no se lo podia esplicar, no queria preguntar; bebió la copa de aguardiente con agua que le dió la señora Petra, y miró su reloj: eran las once.

Pagó, se despidió, se metió de nuevo en el carruaje y se alejó al galope.

—¡Has visto! dijo la señora Petra á su marido de una manera particular.

—Si, mujer, si, he visto, dijo el Cojitranco.

—Lo que don Estéban tiene en el pulpejo de la mano derecha y en la manga de la camisa, es sangre.

—Si, mujer, si.

—¡Y qué cara la de don Estéban! no parecia sino que venia de hablar con todos los diablos.

—¡Ya! ¡ya! pero mira Petra: ¿á nosotros qué? Yo creo que don Estéban es un hombre de bien; pero no hay que fiar en las apariencias: hay catedrales que parecen ermitas: anda, si ha sucedido algo, ello resultará: nosotros no tenemos que ver nada en esto: nosotros no tenemos que decir á nadie lo de la sangre. ¿Quién sabe lo que eso es?

—Pero ya sabes tú que la justicia hulusmea mucho: si nos preguntaran...

—¡Diablo! Si nos preguntara la justicia, con decir la verdad, asunto concluido: vamos, vámonos á acostar que es ya tarde.

Algunos minutos despues el ventorrillo del Cojitranco estaba absolutamente silencioso y oscuro.

IV.

AVARICIA, REVELACION Y CRÍMEN.

El uno de los frailes bandidos que se habia alejado dejando al otro de guardia junto á Estéban, montó en el carruaje, y por un gran rodeo, cuidando de no ser visto, y á través de las tierras de labor llegó cerca de la casa de la Enramadilla, y dejó á poca distancia el carruaje entre una espesura.

La casa estaba completamente aislada y lejos de otras habitaciones, en el punto medio del ángulo determinado en el terreno por los arroyos de Butarque y de la fuente, y como á un cuarto de legua del lugar donde habia quedado Estéban.

La casa de doña Eufemia estaba sobre un gran terreno no acotado, sobre una especie de pradera perteneciente al comun de Leganés.

En los límites de esta pradera, en toda la circunferencia, se veian los vallados y los árboles frutales de muchas huertas.

Este lugar de dia era muy pintoresco, y estaba animado, porque los vecinos de Leganés llevaban sus bestias á pastar en la pradera.

Pero por la noche, y singularmente cuando era oscura, este lugar aparecia estremadamente solitario, silencioso, medroso, lúgubre.

La casa de la Enramadilla, mezquina, con su pequeño cercado de tapias muy bajas, se hundia entre aquella sombra, entre aquella medrosa lobreguez.

En un accidente cualquiera, nadie podia oir los gritos de los moradores de la casa en cuestion.

La única seguridad de aquella casa era la conciencia pública de que en ella no vivia más que una vieja miserable, y que los cuatro trapos viejos que de allí se podian sacar no merecian la pena de ponerse gravemente faz á faz de la ley.

Doña Eufemia habia sabido establecer perfectamente su miseria, y nadie sabia que tenia dinero más que Estéban por el relato de Elena.

Estéban no habia hablado de esto á nadie más que al albeitar, y aun asi recientemente.

Todo el mundo sabia que Elena vivia del trabajo de sus manos.

Lo único que hubiera podido tentar á un ratero era el piano, y este se lo habia llevado consigo Elena á Madrid.

En los pueblos son muy curiosos, se ejerce por todos una policía recíproca, y se sabe todo lo de todos.

Se sabia, pues, que doña Eufemia se alimentaba de sopas y potajes, que comia con cubierto de metal, que su lenceria estaba en mal estado.

Doña Eufemia no tenia ni aun siquiera una gallina que la pudiese ser arrebatada.

Una pobreza pública, una pobreza solemne y profunda, era, pues, la mejor defensa de que pudiera haberse provisto doña Eufemia.

Supuesta esta miseria fria y desnuda, ¿qué buscaba el fraile misterioso, que envuelto en la sombra adelantaba hácia la casilla?

Nuestros lectores entreven ya, sin duda, el espantoso drama que se preparaba: nuestros lectores han visto, porque nosotros no hemos hecho de ello un misterio, en los dos frailes que habian asaltado en el Arroyo de Butarque á Estéban, á Juan el Pintado y á don Nicolás Angulo el Caballero. En las intenciones del Pintado, acercándose envuelto entre un profundo misterio, despues de una larga y fria premeditacion á la casa de la Enramadilla, algo más que un ladron, algo más que un asesino vulgar, algo que pertenece á lo monstruoso.

El Pintado dió una vuelta alrededor de la casa escuchando atentamente.

Todo estaba envuelto en el más profundo silencio: no se veia ni el menor indicio de luz en el interior.

Despues de algunos minutos de observacion profunda, el Pintado escaló en silencio la tapia.

—Es necesario acabar, dijo cuando estuvo dentro: cada instante que trascurre cuando se trata de estos negocios, puede traer un peligro: ¡ah! y es necesario que yo me vengue; es necesario que yo despedace el corazon de esos dos miserables; es necesario que los que adivinen lo que yo he hecho, respeten al Pintado, se asusten al solo pensamiento de injuriarle: ¡ah! ¡ah! ¡y yo la amo todavia! ¡yo estoy loco por ella, y ella me ha mordido en el corazon, ella me ha arrancado las entrañas! ¡ella me ha deshonrado!

El Pintado no decia estas palabras, las pensaba; pero su aliento era una especie de rugido sordo de fiera hambrienta.

Acariciaba de una manera nerviosa los pistoletes de Estéban que llevaba en el bolsillo.

Era necesario entrar en la casa: llegar hasta el lecho de la vieja: inmolarla allí.

Anteriormente el Pintado habia reconocido la puerta: se la podia forzar simplemente con un puntapié.

El Pintado dió la vuelta para ganar la puerta.

De improviso se detuvo, se encogió, se redujo, se ocultó detrás de un arbusto.

La puerta de la casa se habia abierto, y habia aparecido doña Eufemia, con una candileja en la mano, encorbada, miserable, apoyada en un baston-muleta.

La vieja avanzó, y cojeando, lenta, dió la vuelta á la casa y se metió en el sotechado que habia detrás de ella.

Una alegria de lobo, inundó el alma négra del Pintado.

Se acercó cautelosamente. Llegó á un punto desde el cual, envuelto en la sombra, podia ver á doña Eufemia.

Esta, se habia dirigido á un ángulo del sotechado, habia puesto su lamparilla en un saliente de la pared, y se habia sentado en el suelo.

Se habia puesto á desembarazar de leña menuda, y de yerbas secas, el espacio que tenia delante de sí.

Aquel lugar no podia verse sino desde dentro del huerto desde un cierto lugar donde cabalmente se habia colocado el Pintado.

Este observaba con toda su alma.

¿Qué era lo que hacia la vieja? ¿Qué buscaba en aquel lóbrego rincon?

El Pintado se acercó más.

La vieja cantaba de una manera estraña á media voz, y escarbaba.

La luz la iluminaba por lo alto, y producia un claro-oscuro, fuerte, acentuado, con masas densamente negras, con puntos rojizos, en una accidentacion caprichosa.

Goya hubiera sacado un gran partido de aquella vieja repugnante, harapienta, mezquina, miserable, en cuyo semblante se pintaba la espresion de una avaricia sórdida é impaciente por gozar la delicia de la vista del oro, y escarbando para descubrirle.

El Pintado avanzó aun más, y llegó hasta tocar la puerta del sotechado.

LA FE DEL AMOR.—Yo declaro que si me sobreviene algun mal, nadie más que este malvado..... (pág. 63).

En aquel momento la vieja, sentada en el suelo, ponia sobre sus rodillas una olla de barro cocido.

(Se continuará.)

M. Fernandez y Gonzalez.

LOS OSOS BLANCOS

DE LAS REGIONES POLARES.

El oso blanco de las regiones polares es, sin duda, el mayor de los animales de esta especie, incluso el oso de la América, al que, no sin razon, llaman el rey de las Montañas Roquizas.

Este animal tiene su madriguera en las cavernas que forma la nieve, y se alimenta de pescados, lobos marinos y hombres, cuando puede proporcionarse este para él sabroso manjar.

De todos los animales anfibios de la creacion, el oso blanco es el más hábil nadador, y como en los parajes que habita no halla más que liebres, aves marinas y hojas de liquen, hace una gran competencia á los esquimales en la caza de focas y leones marinos.

Bien es verdad que los habitantes de las regiones boreales les disputan la presa y alguna que otra vez los cazan para aprovechar su grasa en su alimento, y sus pieles en su escaso y primitivo comercio.

Por regla general, la piel de un oso blanco, tiene de largo dos metros, y á veces dos y medio. La piel de uno de estos animales cazado en 1866, pesaba 100 libras, y el cadáver 1,200. De este oso se sacaron 400 libras de grasa.

Mentira parece que haya europeos que por la aficion á la caza, á las aventuras ó al negocio que con las pieles pueden hacer, se atrevan á pisar aquella region.

Y, sin embargo, sobre la nieve, en medio de aquellos hielos, disfrutan de escelente salud hombres y animales: los primeros, que desconocen la civilizacion ó poco menos, arrastran una existencia miserable. Comen á manera de ensalada los liquenes de las rocas, chupan la nieve para aplacar la sed, saborean cual néctar delicioso el aceite de los pescados y de los animales anfibios, y se alimentan con la grasa y la carne de los osos, cuya caza es tan peligrosa como difícil.

Las armas de que se sirven para el objeto son lanzas y harpones.

CACERIA DE OSOS BLANCOS.

MADRID.—EL CARNAVAL EN MADRID. 1870.

El sistema que emplean para dar caza á los osos, es invariablemente el mismo. Uno de los cazadores procura llamar la atencion de la fiera por medio de gesticulaciones y de gritos, siempre desde un barco, y cuando el oso va á lanzarse sobre él, un compañero que acecha, le clava el harpon.

Los viajeros europeos emplean escopetas cargadas con dos ó tres balas.

Nuestro grabado representa un paisaje del Polo Norte, y una verdadera lucha entre dos osos y siete cazadores.

En el fondo aparece la embarcacion de los atrevidos viajeros.

EL CARNAVAL.

Creia yo que estábamos hace tiempo en pleno Carnaval, pero hoy abro el Almanaque y veo que el Carnaval no empieza hasta fines del mes; y como es de cajon hacer todos los años en todos los periódicos del mundo articulos referentes al Carnaval, por no perder tan buena costumbre, escribiré el mio, en el cual, si no digo nada nuevo, será porque no haya nada nuevo que decir de esos tres dias que dedica la gente jóven á dar bromas y á recibirlas, y á loquear por esas calles y por esos salones de baile, gastando alegremente el dinero y la salud, y creyendo de buena fe que se divierte.

La juventud es una gran cosa: ser jóven es lo que hay que ser en el mundo; la juventud es alegria, credulidad, confianza, y sobre todo esperanza. ¡Ay! permitanme ustedes que me ponga triste, aunque á ustedes les tendrá tan sin cuidado que me eche á llorar como que empiece á dar saltos y zapatetas de alegria; pero me acuerdo ahora de aquel tiempo en que yo tambien esperaba ansioso la venida del Carnaval, y me pasaba las noches enteras buscando bromas en el salon del teatro Real, y aun me consideraba feliz si una máscara de buen trapio, que luego solia ser una vieja de todos los demonios, ó una fea de todos los diablos, me dispensaba el singular favor de aceptar una racion de jamon dulce y una copita de Jerez... Felices tiempos aquellos en que se iba uno como un cordero detrás de algun lobo con falda negra y las enaguas por la cabeza, y no tenia inconveniente en mimar á alguna mamá monumental que, despues de hacer muchos dengues en el ambigú y manifestar el delicado estado de su estómago, y que ella habia sido siempre de *poco comer*, pedia una tortilla con patatas, una racion de riñones *bien hechos*, y una chuleta á la parrilla, y á cada bocado que tomaba de tan sóbria colacion, preguntaba á los que la acompañábamos: —¿Me hará daño?

Pasó aquel tiempo dichoso, y ya no me seduce ninguna máscara elegante, ni estoy dispuesto á pagar una indigestion á ninguna mamá voráz, ni me acostaria en mi regalado lecho, —regalado no, que me ha costado el dinero— media hora más tarde de lo acostumbrado por ir á esperar broma alguna, ni tonta ni discreta, en un baile de máscaras.

Pero, vaya usted á decir estas cosas á los jóvenes á quienes les arde la sangre en el cuerpo, que es donde arde siempre la sangre, mientras los sábios no dispongan otra cosa, y le dirán á usted que es un escéntrico, y un hombre sin gusto, y que eso consiste en que ya va usted para viejo.

Para viejos vamos todos, pero yo no lo soy todavia, gracias á Dios, y tampoco suelen ser los viejos los que tienen más formalidad, que viejos conozco yo que me doblan la edad, y no faltan á un baile de máscaras, y son capaces de gastar en el *buffet* un par de onzas con dos ó tres *señoras* que se rian de ellos, y acaso sus mujeres y sus hijos pasan las mayores privaciones. Estos viejos verdes que esperan el Carnaval, como si fueran colegiales ansiosos de un poco de libertad, me causan invencible repugnancia; los placeres son propios de la juventud, y los viejos, queriendo tomar parte tambien en esos placeres, me hacen el mismo efecto que los zánganos grandullones que quieren jugar al corro con las niñas de cinco ó seis años, en las noches de estio, allá en el salon del Prado, ó en los jardinillos de la plaza de Oriente.

Pero como en el mundo ha de haber de todo, bonito y feo, sério y ridículo... los viejos verdes hacen perfectamente su papel de caricaturas vivientes para distraccion de las personas formales.

El Carnaval en Madrid tiene pocos lances, y cada vez va teniendo menos, porque como todo el año es Carnaval, ya no ofrece novedad. ¿Qué más carnaval quieren ustedes que los mil y mil incidentes de la dichosa política? ... ¿No les parecen á ustedes bromas superlativas las que dan los políticos levantiscos á los pueblos, los diputados tomando empleos á los electores, las sociedades de crédito á los imponentes, no pagándoles intereses y reduciéndoles el capital á la mas mínima espresion, y otras muchas que no cito, propias de esta sociedad compuesta de gente lista y de gente torpe, esplotada ésta y dominada por aquella en todas épocas y bajo todos los gobiernos habidos y por haber?...

El Carnaval, que cuatro dias al año sale á pasearse por las calles, es la cosa mas inocente del mundo, si se compara con el carnaval perpétuo que se celebra todo el año en los salones de conferencias de las Córtes, en los de los ministerios, en los clubs y comités políticos, y en las casas de los grandes arruinados, y en las de los pequeños que aspiran á engrandecerse; en todas partes, en fin, hay Carnaval todo el año, Carnaval lleno de incidentes y peripecias, sainete ó trajedia, lágrimas ó carcajadas, que el tiempo va acabando y renovando.

Pocos son los que pasan por este mundo sin llevar careta. El talento consiste en adivinar el carácter de la fisonomía que cada cual lleva debajo, pero casi vale más no tener esa segunda vista, y tomar á cada cual por lo que representa; así se vive más engañado, pero tambien más tranquilo, y váyase lo uno por lo otro.

En tiempos ya pasados, las estudiantinas se componian, en efecto, de estudiantes, que con su traje habitual recorrian las calles cantando las coplas más donosas y haciendo prodigios en la pandereta, la vihuela y el violin. El producto de sus paseos por las calles se lo repartian equitativamente como buenos amigos, que á fe no estaban sobrados de recursos, y en el carnaval hallaban medios de renovar las medias, que ya se reian por todas partes, llenas de puntos y comas, que nada tenian de gramaticales, y aun podian echar algun remiendo al manteo, comprar algun libro y *escotar* para la merienda en la pradera del Corregidor, si hacia buen tiempo, ó en la pasteleria de Botin, si estaba metido en agua.

Todavía salen en estos dias de Carnaval las estudiantinas, pero contadas son las que se componen de estudiantes. Los estudiantes de hoy, sobre no tener necesidad como los de otros tiempos de reunir unos cuartos para alguna urgencia, tienen otros gastos y otras aficiones, y gustan más de un *meeting* contra algun funcionario que les parece poco liberal, ó en favor de algun catedrático cuyas ideas políticas les sean simpáticas, ó de una manifestacion en este ó el otro sentido para hacer ver que, aunque están estudiando, ya saben ellos todo lo que hay que saber... Líbreme Dios de censurar la precocidad política, si se me permite la frase, que se advierte en la nueva generacion; pero bueno seria que á la política no fuera sacrificada la ciencia, y que los años dichosos de la juventud, tan propios para el estudio, al estudio se consagraran preferentemente, que esto es lo que interesa á la pátria, tan sobrada de hombres políticos que la hagan sufrir todo linaje de vicisitudes y peligros, y tan escasa de útil y verdadero progreso en las ciencias, en las letras y en todos los ramos del saber.

Alguna estudiantina hay, sin embargo, fiel á la tradicion, que sale á la calle con tricornio y manteo; pero la mayoría de estas músicas ambulantes se compone de personas que nada tienen que ver con la Universidad, y ya no se limitan á las vihuelas, flautas, violines y panderetas, que tan buen efecto producen manejadas por manos hábiles, sino que tambien llevan instrumentos de viento, y algunas no llevan otros que éstos, dejando fácilmente adivinar que aquellos instrumentos son los mismos que durante todo el año, á las primeras horas de la noche, recorren las calles administrando, por via de pláceme, unos cuantos trompetazos á toda persona conocida que celebra el santo de su nombre el dia siguiente.

Aun hay algun digno postulante de estudiantina, rival en travesura é ingenio de aquellos estudiantes endiablados que conocieron nuestros padres, y se luce diciendo á las muchachas bonitas, y aun á las feas, donaires y chistes decorosos, que hacen sonreir á las más formales y que dan por resultado un notable aumento en la cuestacion. Seria muy feo que la mamá de una niña bonita, á quien un jóven apuesto y bizarro ha ido diciendo galanterías cultas é ingeniosas durante cinco ó seis minutos, le dejase marchar sin darle siquiera... dos cuartos; pero estas estudiantinas elegantes y de buen género son las menos, como ya he indicado.

Los trajes de estas comparsas varian mucho: visten las unas de zuavos; otras de pierrots; otras de holandilla encarnada, traje de capricho; otras de valencianos, traje á propósito para pasearse en el mes de febrero por Madrid, y no falta alguna compuesta de hombrones más negros que tizones, vestidos con enaguas blancas, en mangas de camisa, un pañuelo de seda á manera de banderola, y una guirnalda en la cabeza; estos silfos bailan tocando las castañuelas, al compás de un tambor y un pito, ó hacen, despues de haber tenido un mes ó dos de ensayos, ese juego que consiste en chocar los palos que cada cual lleva, cuidando de no perder el compás, si bien sucede alguna vez que uno, poco ligero de brazos, no choca su palo á tiempo con el que le presenta el compañero, y para no dejar de dar en alguna parte lo sacude sobre la cabeza del chico más próximo entre los que están con la boca abierta presenciando aquel espectáculo, y admirando la rara destreza de los de la comparsa, que les parecen hombres estremadamente superiores.

Si quieren ustedes ver máscaras, han de bajar al Prado. Allí es donde se reune la abigarrada multitud de máscaras y mascarones, y como es tambien grande la concurrencia de gente sin careta, resulta que no se puede dar un paso en aquellas apreturas, que no siempre son agradables, porque no siempre se va entre un par de buenas mozas, y si se tienen los piés delicados, suelen salir de aquel hervidero bastante deteriorados.

Los concurrentes más madrugadores han cogido las sillas, y allí están las niñas bonitas, y las casadas de buen humor, y las viudas de buen ver, esperando que venga algun máscara para ponerse coloradas, reirse y enseñar la irreprochable dentadura, y decir ¡Jesús! cien veces y coquetear con el abanico, que solo para eso puede usarse en febrero. La mayoría de los máscaras han adoptado hace años el traje de mujer, y en estos dias de Carnaval mueren hechos girones en las apreturas del Prado algunos vestidos magníficos, prestados á sus primos ó á sus amigos por señoras complacientes en demasía.

Máscaras políticas suele haber algunas que pretenden ridiculizar á los personajes de la situacion, y cuyos disfraces rara vez se distinguen por lo ingeniosos; pero esta falta se suple con ponerse en el pecho, en la espalda y en la cabeza letreros alusivos á los actos políticos de aquellos personajes que pretenden poner en evidencia. Estos máscaras suelen no hablar con nadie; su mision es otra, y pasean gravemente, como quienes presumen que van haciendo algo.—Hay otros máscaras sombríos, de dominó negro, que miran á un lado y á otro, como quien busca á alguien, y si encuentran á algun personaje visible, le hablan al oido, le dicen cuatro tonterías y siguen su camino muy satisfechos.

Pero abran ustedes paso, que allí vienen dando empujones tres máscaras que se rien mucho, no sé de qué, sin duda para que no se diga que no se divierten. Son dos hombres y una mujer en medio, y para disimular que es mujer, se ha vestido nada menos que de torero, con un traje muy ajustadito y muy mono; sus compañeros visten, el uno de caballero, vamos al decir, de Felipe IV, y el otro de moro. Esta trinca, despues de dar dos ó tres vueltas por el Prado, va á refrescar á la taberna, y por la noche á Capellanes, donde el torero, hembra, se indispone gravemente y echa por aquella boca cerca de un azumbre, y el *caballero* de Felipe IV pega una bofetada á uno que se permite decir que la enfermedad del torero es sencillamente una borrachera, y el moro pierde el turbante, que una mamá sentada en un rincon encuentra y se guarda para hacer un mantel.

Hay otros máscaras de los que visten trajes de mujer, que se dedican á los coches, es decir, á embromar á las hermosas y aristocráticas damas que pasean en coche. Algunos no las conocen más que de vista, pero la careta les autoriza á fingirse íntimos amigos, á saltar dentro del coche y á estrechar las hechiceras manos de las duquesas y marquesas, de quienes habla *La Epoca* en sus revistas con tanto encomio y tan lisonjeras y acarameladas frases. Alguno suele decir una inconveniencia que le vale ser despedido del coche, y quizá alguna de esas señoras se queda muy convencida de que el máscara sabe toda su vida y milagros, que ella creia envueltos en el más profundo misterio, cuando la verdad es que el máscara no sabe de la dama cosa ninguna, y lo que ha hecho ha sido inventar una historia que casualmente tiene analogía con la de la aristócrata, y la pobre estará pensando todo el año cómo habrá podido saber aquel maldito cosas de todos ignoradas. Y milagro será que la dama no sospeche que el máscara es uno de sus más asíduos amigos, que jamás ha pensado disfrazarse, ni ha ido al Prado, ni puede comprender por qué motivo su amigo le hace unas veces desaires y otras le mima... Y bien puede suceder, ya que

estoy en el terreno de las suposiciones, que aquel máscara desconocido haya dado lugar, sin sospecharlo siquiera, á otra historia, que lances de estos se ven en las comedias, y sobre todo, en la sociedad donde todos representamos la gran comedia.

Tambien se ven algunas máscaras del sexo encantador, pero regularmente no pertenecen á la sociedad más distinguida; son mujeres de buen humor que se divierten mucho dando seis ú ocho vueltas por el Prado para encontrar, pongo por caso, á un agente de órden público, á quien conocen, porque su punto es en la esquina de la calle donde ellas viven, y le dan una broma por este estilo:—Anda, gran indino, que en diciendo que *haiga república*, te quedarás sin el empleo.

Y con esto, algunos coches, ocupados por señoras enmascaradas que toman el partido de cubrirse el hechicero semblante para evitar que las molesten, algunos máscaras á caballo, entre los que suele haber más de uno que, poco habituado á montar, mide el suelo con las costillas, varios estravagantes que se visten de enanos ó jigantes, y ni ellos se pueden mover cómodamente ni dejan moverse á los demás, y mucho ruido de cascabeles, campanillas, trompetas y aun rebuznos, y ustedes perdonen la expresion, se divierte la gente cuatro dias, siendo en el cuarto la diversion un poco más animada en el antiguo Canal de Madrid, donde se celebra el tradicional entierro de la sardina con sendos tragos de lo tinto, grandes atracones de rosquillas que le forman al consumidor una sólida pared maestra en el estómago, y no pocos garrotazos que proporcionan á las benéficas y útiles casas de socorro una entrada extraordinaria y bastante trabajo y ejercicio al juzgado de guardia.

Las noches de Carnaval se baila en todas partes, en el Real, en la Zarzuela, en el Circo, en todos los salones disponibles.

Pero describir el aspecto, reseñar las peripecias y retratar al público de cada uno de estos bailes, seria muy largo, y no quiero cansar al discreto lector, que si ha llegado hasta aqui, ya merece la nota de sobresaliente en paciencia.

En el teatro Real, las señoras son las que se visten de máscara; entre los hombres, solo se ve algun que otro marido que no quiere ser visto y que se pone un dominó sobre la levita, ó algun *moro*, que corre un bromazo atroz, ó algun caballero de Luis XIV, que bien puede ser amigo de un corista del teatro, á quien ha pedido el traje. El público femenino, al decir de los periódicos, siempre es distinguido y escogido; pero en esto habria mucho que hablar, y no estoy ahora para hacer averiguaciones, ni soy de la policía, ni me importan tampoco la vida y hechos de nadie. Por mi parte, si tuviera hijas, no las permitiria ir á baile ninguno de máscaras, y en cuanto á las mujeres casadas que van, yo no las quisiera ofender, pero tengo para mí que no debian ir á esos bailes públicos, donde la careta iguala á la gente honrada y decente con la sospechosa y descocada, y no es muy fácil distinguir de colores. No digo yo que no haya en esos bailes mujeres de una virtud heróica; pero me parece que han de estar en minoría. En el teatro Real encuentra usted la que se dice viuda de un coronel, sin pension, porque se casó de subalterno sin licencia, y era hombre tan descuidado que no se ocupó en arreglar el asunto y lo fué dejando de un dia para otro, hasta que murió de repente; la casada con un pillo que se fué á la Habana y allí está muy rico, dueño de esclavos y de ingenios, mientras su mujer vive aqui, Dios sabe cómo; la huérfana del intendente carlista, que está con una tia y que tiene un tio en Buenos-Aires, y sin duda á la bondad de aquellos aires debe no haberse muerto aun, dejando, como ha prometido, por heredera universal á su sobrinita, á quien quiere como á una hija; la casada que *no hace vida* con su marido porque él es un pillo y ella una inocente víctima, muy mujer de su casa, y que no tiene valor para nada, como no sea para irse al baile... pero ponga usted en cuarentena todas estas historias que le contarán, y crea usted que ninguno de estos tremendos infortunios resiste á un plato de pechugas de gallina ó de pavo *truffé* y ante una botella de Champagne *frappé*, se rie como una loca la que le ha dicho á usted que, aunque traspasada de pena, ha ido al baile solo por ver si iba el hermano de su marido para decirle cuál era su situacion y moverle á piedad para que á su vez mueva él el corazon empedernido de su estraviado esposo.

Hay mujeres honradas que son, sin embargo, locas de remate, y que no hallan inconveniente en ir al baile y llevar á sus hijas, que maldita la necesidad que tenian de esa diversion, que sobre ser ocasionada á peligros, no tiene nada de ventajoso para la salud; la mala noche, y la atmósfera sofocante del salon, la transicion luego de aquel calor al frio de la calle... todo esto influye en la salud de las jóvenes que lo que necesitan es aire puro, sueño reparador, y sobre todo la calma apacible del hogar. ¡Y hay madres que llevan á sus hijas á bailar tres noches seguidas!

¡Cuántas de estas pobres muchachas mueren en lo mejor de su edad, víctimas de esa terrible enfermedad que en todas partes y en todo encuentra cómplices! ¡Tres noches seguidas de baile, con el corsé estallando, oyendo imprudentes frases de fingida pasion dichas al oido, dando vueltas en aquel turbion de gente loca, en brazos de galanes ardientes y acaso poco respetuosos... ¿no bastan para emponzoñar y abreviar fatalmente la existencia de una pobre niña débil y habituada á la vida tranquila del hogar?...

Vaya en hora buena al baile la gente avezada á esos placeres; vayan las damas de cuenta que ya han traspasado, felizmente, ese periodo en que la mujer es tierna sensitiva, que se dobla y muere á la más ligera ráfaga de aire impuro; pero por Dios vivo, no se haga conocer el baile público de máscaras á la niña educada en el recato y el amor de la familia.

Y basta de sermon.

En algunos de estos bailes se ha introducido ahora un atractivo, que el *patriotismo* de algunos empresarios de teatros ha traido antes á la española escena por ellos convertida en escuela de escándalo y desvergüenza. Esta novedad que de la escena ha pasado á los bailes de máscaras, es el *can-can*, el famoso *can-can*, baile francés, que si bien no es decente, tampoco tiene gracia maldita, porque nunca fué gracia el descoco. Las *quadrilles* de los bailes de máscaras dan lugar á gran diversion de los que forman corro para gozar del espectáculo, los cuales animan á los bailarines para que lleguen á lo sublime del arte en sus movimientos lascivos y ridículos. Este adelanto no nos honra ciertamente.

Pero mientras se improvisa un *can-can* por dos *señoras* y dos señores inteligentes y prácticos en la materia, vamos á entrar en el *buffet*, que proporcionará algunas visitas á los médicos y algun beneficio á las boticas y herbolarios en los dias siguientes, porque nada hay menos higiénico que comer y beber á deshora de la noche, y no puede ser más á deshora porque ya son las tres de la madrugada.

Todas las mesas están ocupadas; en una cenan unos mozalvetes solos, y les alabo el gusto, que gritan como condenados, y á vuelta de unas cuantas desvergüenzas, y en esto ya no les alabo, dicen que ellos no quieren ser *primos* y dar de cenar á ninguna mascarita, y aquí les vuelvo á alabar. ¡Qué veinte duros tan mal empleados los que gastan en aquella cena! En otra mesa están dos, una y uno; ella no prueba bocado, él la habla con mucha animacion, parece que la reprende... ella no contesta, él se impacienta, y por fin coje una botella y la tira en el suelo para desahogarse de rabia; el contenido de la botella mancha los dominós de raso de dos señoras, acompañadas por dos señores, éstos increpan al iracundo personaje, éste contesta con malos modos, y se arma una cachetina muy animada, y las parejas de los contendientes se desmayan, y se rompe la vajilla y algunos aprovechan el tumulto para irse sin pagar, y la máscara misteriosa que acompañaba al airado promovedor de aquella batalla, se escurre bonitamente, va al tocador, se arregla otro disfraz con el manton, y ya está libre toda la noche de aquel amante celoso... En otra mesa cenan dos máscaras con un viejo verde; éste bebe y jura como un carretero, y las dos máscaras se rien de él como de un payaso. En otra, cena de muy mal humor una familia forastera, que ha venido á pasar el Carnaval en Madrid, creyendo que seria cosa digna de ser vista. La mujer se sofoca con la careta puesta, la niña está muy apesadumbrada porque su papá no le ha permitido bailar, y el papá repara con asombro la cuenta de la cena, y echa miradas feroces al camarero, que se le representa un bandido de la Calabria.

¡Cómo se ha pasado el tiempo! Ya son las seis de la mañana y es hora de salir del baile y de este lijero estudio de costumbres que me ha pedido, honrándome mucho, el editor de LA ILUSTRACION.

En el salon se baila un cotillon vertiginoso y desenfrenado; allí tropiezan y caen las parejas que no tienen firmes los piés ni la cabeza; allí van mujeres corriendo jadeantes, con el peinado suelto, con la boca abierta, con la cara descubierta, y ostentando toda la belleza, digo toda la deformidad de la locura y la crápula...

La gente menos loca ha salido ya del salon.

Pero ¿qué ocurre allí?...

Un jóven máscara, riñendo con otro, por haberse permitido no sé qué esceso, consecuencia de su estado de embriaguez, ha recibido una puñada en el pecho y echa por la boca la sangre á borbotones. Entre dos amigos le llevan luego, perdido el conocimiento, á un coche que le conducirá á su casa.

¡Qué triste despertar, si ha podido dormir durante la noche, será el de la madre de ese jóven!... El infeliz morirá en el año, y el que le dió la puñada en el pecho vivirá muy tranquilo, bien ageno de que ha dado muerte á un hombre, único amparo de una pobre madre, buena y virtuosa...

Pero estas son cosas del Carnaval, y porque sucedan, no hemos de ponernos tristes y emigrar á hacer penitencia en un desierto.

¿Quién pide juicio á los locos?... El Carnaval es una locura, y hay que admitirlo con todas sus consecuencias.

CÁRLOS FRONTAURA.

ALBUM POÉTICO.

LA LUZ Y LA SOMBRA.

SONETO.

La tarde triste por la cumbre asciende
y el rojo manto de vapor despliega;
del alto monte á la tendida vega
el aire mudo su inquietud suspende.

El cielo en vago resplandor se enciende,
que hasta el confin del horizonte llega;
se apaga el sol, mientras la sombra ciega
las negras alas por el valle tiende.

—¿Por qué me sigues con tenaz porfia?
La luz exclama: el pavoroso manto
rasga ante el fuego que en mis rayos arde,

Que soy la luz, la vida y la alegria.
—Yo soy la oscuridad, el luto, el llanto...
dijo la sombra, y espiró la tarde.

JOSÉ SELGAS.

LO QUE LA PERDIZ DICE.

CANTAR POPULAR VASCONGADO.

Voy á contaros, niñas
de estas verdes montañas,
lo que la perdiz dice
cuando despunta el alba.
Dice:—«Inocentes niñas,
no fieis en palabras
de amorosos galanes,
porque las más son falsas.
Niña que en ella fia
se espone á dar de espalda,
como niña que en piedras
resbaladizas anda.»

ANTONIO DE TRUEBA.

El testo de este cantar, que es muy popular en Guipúzcoa, es el siguiente:

Éperrac cantatzen dau
goicean goicetan
ez asco flatzeco
mutillen izquetan.
Fiatzen bacerráde
mutillen izquetan
crorico ceráde
arri labanetan.

BACIA DE AFEITAR, CATALANA,

DEL SIGLO XV.

Considerada como material para la historia del arte, no hay antigualla despreciable, por poco que sea de la jurisdiccion de él. La que en grabado reproducimos, es una simple bacía de afeitar, objeto humilde por su servicio, si bien el servicio fué de rey; mas hoy es ya de valía, atendida su misma especialidad y las circunstancias que la distinguen.

Probablemente ningun museo contendrá una joya parecida. Singular, por no decir única en su clase, ofrece además una hechura especial, que con dificultad el héroe manchego hubiera podido trocar en yelmo de Mambrino, y tales son sus labores, emblemas, representaciones y le-

yendas, grabado todo á buril, que el arte tiene no poco que ver con ella y la arqueología y la historia pueden sacar de la misma nuevos datos.

Su materia es azófar, ó la aleacion llamada metal corintio, que se le parece mucho; su forma oval sus dimensiones 35 centímetros de longitud, por 27 de ancho y 7 de profundidad exactamente el doble del dibujo. Sobre la orlilla, campeada de arabescos, corre una inscripcion que dice así: *Fac. et ded. archimb.— Inamans erat, intonsa barba, rudes capilli.— ad usum Comes Rex.* Ya veremos luego de esplicar estas palabras. La parte esterior no contiene adorno alguno: el del interior consiste en una ancha faja de labores de gusto ojival, alternada con los cuatro escudos de armas de Aragon, Cataluña, Sicilia y Cruz de San Jorge, ciñendo toda la concavidad á guisa de cenefa, y en el asiento ó fondo, tambien labrado de arabescos, campean dos ginetes con armadura y sobrevestas, lidiando á espada sobre caballos de torneo.

BACÍA CATALANA DEL SIGLO XV.

El trabajo es despachado; pero atendida la dificultad de operar en una superficie hueca y redondeada que no ofrece apoyo á la mano, debe considerarse de algun mérito, y como grabado en metal es de interés por remontarse al siglo XV.

En efecto, aunque el arte del grabado venia ejerciéndose de larga fecha, principalmente por orfebres y armeros como accesorio de ornamentacion, hasta muy entrada aquella centuria no empezó á obrar con la independencia que habia de constituirle un arte nuevo, por decirlo así, de aplicacion concreta, como lo fué para la estampería y para decoraciones especiales, cual la del objeto que vamos describiendo. En este supuesto, y siendo muy pocos los conocidos de origen catalan, no vacilamos en calificarle de documento raro, é importante en el órden histórico de dicha industria. El procedimiento es de incision, auxiliado sin duda del agua fuerte, en simples perfiladuras no graduadas, y hachazos cruzados para indicar las sombras; mecanismo casi idéntico al que emplean los grabadores modernos.

Aunque la bacía no presenta fecha alguna, es dable colegirla por aproximacion, observando que los dos caballeros del fondo son copiados el uno del sello real de Aragon que suele colgar de los diplomas, en cera colorada, y el otro de una estampa ó miniatura del Libro de los Torneos, compuesto por el rey Renato de Anjú, cuya coleccion pudo conocerse en estas partes antes del fallecimiento de dicho rey (1480). La figura primera se parece mucho á la del sello de don Martin *el Humano*, pero es todavía mas perfeccionada, y en consecuencia posterior, lo que naturalmente debió ser así para que pudiese emparejarse con la segunda. Ahora bien: como hasta el año 1479 reinó en Aragon don Juan II, á él perteneceria el sello copiado ya que cabe atribuirlo á su sucesor don Fernando *el Católico*, por ser conocido y muy diferente el que usaba; y de consiguiente, esa bacía ha de contraerse al decenio de 1470 1480, y su destinacion al espresado don Juan II, toda vez que la leyenda puesta en la orla, en mal latin, solo da á entender que la hizo y dedicó Arguimbaldo (quizá el *bárbaro* barbero), para uso del conde-rey (de Barcelona y de Aragon). El resto de la inscripcion parece un lema de *color local*, sacado de los libros santos, cuyo sentido es (corrigiendo la primera palabra *inamans*, notoria adulteracion de *inmanis*): «repugnante estaba con la barba sin rasurar y el cabello desaliñado.»

El actual poseedor de este objeto condenado á la fundicion, entre otras baratijas de un calderero, es nuestro amigo don Santiago Angel Saura de Barcelona, persona ilustrada que ha logrado formar un museo de antigüedades puramente catalanas, coleccion interesante por el número y variedad de las rarezas que contiene.

JOSÉ PUIGGARÍ.

SOLUCION DEL PROBLEMA NÚM. 2.

Blancos.	Negros.
1. D 3 TR jaq.	1. R c. CR.
2. A 4 AD jaq.	2. C toma A.
3. T t. P y jaq.	3. R toma T.
4. D 4 CR jaq.	4. R c. T.
5. D 5 TR jaq.	5. R 2 CR.
6. D 6 CR jaq.	6. R c TR.
7. D 6 AR t. P jaq.	7. R 2 TR.
8. D 6 CR jaq.	8. R c T.
9. A 3 FD jaq.	9. A 5 D.
10. A t. A jaq.	10. C 4 R.
11. A t. C jaq.	11. Mate.

Han resuelto este problema los señores don Dionisio García, de Oviedo, y don José Gonzalez, de Barcelona.

SOLUCION DEL PROBLEMA NÚM. 3.

Blancos.	Negros.
1. D 2 c. R.	1. P toma C.
2. D 6 A. D mate.	2.

Han resuelto este problema un sócio del casino de Sanlúcar de Barrameda, y los señores don Antonio Paz, de Sevilla, y don M. Fernandez, de Madrid.

ADVERTENCIAS.

La Agencia general en la isla de Cuba se halla á cargo de don Benito Gonzalez del Tánago, que vive calle de la Habana, número 126, entre la de la Muralla y Teniente Rey.

Su precio pesos fuertes 7,50 por un año, y pesos fuertes 4,50 por seis meses.

Tambien se venden números sueltos.

Publicamos el retrato del valiente general Lacy-Ewans, cuya muerte han anunciado estos dias los periódicos. En el próximo número hallarán nuestros lectores la biografía de este militar, tan célebre en la historia contemporánea de España.

El deseo que esta empresa tenia de publicar en el presente número la notabilísima lámina que ha mandado abrir representando un hecho histórico de los más notables de nuestra historia, ha sido una de las causas del retraso que ha sufrido. nuestros esfuerzos han sido ineficaces, porque siendo el referido grabado de un mérito muy notable, la estampacion requeria algunos dias más para que saliese perfecta, y en su consecuencia decidimos retrasar más la publicacion de nuestro número 5.º, aplazando dicho grabado para el siguiente.

Llamamos, sin embargo, la atencion sobre la alegoría que publicamos del Carnaval, pues en ella se halla demostrado el génio artístico del notable dibujante don Alfredo Perea, y del distinguido grabador señor Paris.

Asimismo creemos que los grabados del CONCILIO que aparecen en este número agraden á nuestros favorecedores.

Advertimos á nuestros señores suscritores que la Administracion y oficinas de la ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA la hemos trasladado como punto más céntrico á nuestro establecimiento de libreria, calle del Arenal, núm. 16.

MADRID.
IMPRENTA Y LIBRERIA DE **LA ILUSTRACION**,
CALLE DEL ARENAL, NÚM. 16.